

Los jefes Humberto Gómez y Eloy Sánchez (sobre los caballos) pasan revista al ejército que fueron conformando (El Gráfico, Bogotá, vol. 7, núm. 338, mar. 24, 1917).

Rebelión en los llanos colombianos: el “*affaire Arauca*” de 1917*

JANE M. RAUSCH

Universidad de Massachusetts

Traducción: *Juan Fernando Esguerra*

Trabajo fotográfico: *Mario Rivera*
Clara Inés Duque

EL 8 DE ENERO de 1917 los bogotanos que vieron los diarios de la mañana se sobresaltaron con la noticia de una rebelión en los llanos¹. Diez días antes, Humberto Gómez, a la cabeza de una banda armada, se había tomado la población de Arauca. Por lo común, acontecimientos de esta índole poco conmocionaban a la capital. Arauca, aldea situada en la frontera con Venezuela, en medio de extensas llanuras tropicales y carente inclusive de comunicación telegráfica con Bogotá, era refugio favorito de los malhechores, que habitualmente desafiaban con impunidad las leyes de ambos países. Esta vez, sin embargo, el haber dado muerte Humberto Gómez a la principal autoridad colombiana de la región, el comisario especial, y haberse autoproclamado jefe civil y militar de la “República de Arauca” constituían un reto que no podía pasarse por alto. Preocupado por salvaguardar las precarias negociaciones, que por entonces se adelantaban de un tratado con Venezuela, el presidente José Vicente Concha actuó con presteza. Decretó el estado de sitio y envió a Arauca dos expediciones militares separadas, al mando del general Jesús García. Los diarios informaron ampliamente de los dramáticos episodios que siguieron. Su interés se prolongó inclusive hasta después de la captura de Humberto en Venezuela, el 9 de febrero, cuando informes de testigos oculares de las atrocidades cometidas en los llanos por los soldados de García reclamaron una investigación. Entre mayo y septiembre, Enrique Olaya Herrera, director de El Diario Nacional y futuro presidente de la república, ventiló hasta el escándalo el incidente fronterizo, atacando al gobierno tanto desde las columnas de su periódico como en el hemiciclo de la cámara de representantes. Un análisis de lo que vino a denominarse “*affaire Arauca*” esclarece un aspecto poco conocido del gobierno de Concha y explora un tema de la historia colombiana que ha sido desatendido: la relación entre el interior andino y la fronteriza región de los llanos.

Tradicionalmente la historia colombiana se ha enfocado hacia el desenvolvimiento de los valles de las montañas andinas y de las ciudades de la costa caribe, regiones éstas que constituyen escasamente un tercio del territorio de la república pero que albergan más del noventa por ciento de la población². Salvo la atención brindada a la campaña bolivariana de 1819 en Casanare, estudiosos e investigadores han descartado las llanuras del Orinoco, del mismo modo que la Amazonia, al considerarlos como territorios periféricos que nunca han desempeñado papel significativo en el desenvolvimiento cultural del país³. El llamamiento de los profesores Arthur Whitakes, William Paul McGreeve y Christopher Abel a estudiar a fondo todas las regiones de Colom-

* La investigación para el presente estudio fue parcialmente subvencionada por la National Geographic Society. Para referirse al escándalo suscitado por los acontecimientos de Arauca, los periódicos colombianos utilizaron a menudo el vocablo francés *affaire* (véase, por ejemplo, El Diario Nacional del 18 de julio de 1917).

¹ El Diario Nacional, 8 de enero de 1917.

² Robert C. West, “The Geography of Colombia”, en A. Curtis Wilgus (comp.), *The Caribbean: Contemporary Colombia*, Gainesville, 1962, pag. 4.

³ Gerardo Reichel-Dolmatoff, *Colombia*, Nueva York, 1965, pag. 29.

⁴ Arthur Whitaker, *The United States and South America: The Northern Republics*, Cambridge, 1948, pág. 49; William Paul McGreevey, *An Economic History of Colombia 1845-1930*, Cambridge, 1971, pág. 307; Christopher Abel, "Conservative Politics in Twentieth Century Antioquia", en *Latin American Centre, Occasional Paper III*, Oxford, 1973, pág. 2.

⁵ I. E. Nieto Caballero, *Vuelo al Orinoco*, Bogotá, 1935, pág. 113.

⁶ Varios geógrafos caracterizan a los llanos colombianos como "frontera permanente". Por ejemplo, Raye Platt, en su artículo "Opportunities for Agricultural Colonization in the Eastern Bordes Valley of the Andes" (en *Pionner Settlement*, American Geographical Society, publicación especial núm. 14, Nueva York, 1932), dice que "aunque mucha gente de la región habita en fincas que han sido ocupadas por sus familias durante generaciones, vive, como ha vivido siempre, esencialmente en la condiciones de los primeros colonizadores" (pág. 6). El fracaso en extender sistemáticamente la colonización de los llanos dentro de las tierras incultas, contrasta con el ininterrumpido movimiento de los colonizadores estadounidenses hacia el oeste, según lo observa Frederick Jackson Turner. Para otras descripciones de la frontera permanente, véanse Dieter Brunnschwiler, *The Llanos Frontier of Colombia*, East Lansing, 1972; y Raymond E. Crist y Ernesto Guhl, "Pionner Settlement in Eastern Colombia", en *Annual Report of the Smithsonian Institution*, págs. 391-414.

⁷ Jane M. Loy [Jane M. Rausch], "The Colombian Llanos in the Nineteenth Century: A Tropical Plains Frontier", en *National Geographic Society Research Reports*.

⁸ Una reseña crítica de la tesis de Turner se encuentra en George Rodgers Taylor (comp.), *The Turner Thesis Concerning the Role of the Frontier in American History*, 3a. edic., Boston, 1972.



Cravo Norte, en Arauca (Fotografía de José Vicente Piñeros).

bia ha despertado escaso interés por las secciones político-administrativas llaneras del Meta, Casanare y Arauca ⁴. Los historiadores, al igual que la mayoría de los colombianos, se han conformado con ver a los llanos como "un lugar de lucha y misterio, un territorio exótico en cuyos secretos tan sólo han penetrado hombres tenaces" ⁵.

Dado este convencionalismo, resulta irónico que en los llanos "misteriosos" hayan vivido colonos desde mediados del siglo XVI, lo cual los coloca entre las más antiguas regiones fronterizas "permanentes" del nuevo mundo ⁶. La temprana introducción de vacunos y caballos, así como el mestizaje de blancos e indios, produjeron una subcultura de vaqueros: la de los llaneros. Los jesuitas establecieron, a lo largo de los ríos Casanare y Orinoco, su segundo sistema misionero, en cuanto a extensión, de América del Sur. Durante el siglo XVIII, Casanare constituyó una próspera provincia del virreinato de la Nueva Granada, pero las luchas de independencia resultaron particularmente devastadoras para los llanos y ahondaron la brecha entre la vida de las montañas y la de las sabanas tropicales. El decaimiento de la ganadería, los efectos del auge y de la depresión de la economía, los fallidos esfuerzos de los gobiernos nacional y departamental para fomentar el cambio, constituyen tan sólo algunas de las tendencias que es necesario estudiar para comprender el desenvolvimiento de los llanos, en comparación con el del interior, a lo largo del siglo XIX ⁷. En el siglo XX, la concentración de la violencia en los llanos durante la primera guerra de guerrillas, entre 1949 y 1953, y el subsiguiente progreso del Meta como una de las más activas zonas de colonización en América Latina, confirman la hipótesis de que la naturaleza "permanente" del "este salvaje" de Colombia, en comparación con la "movilidad" que le asigna Turner a la frontera estadounidense, no invalida sus efectos sobre el núcleo de la región montañosa ⁸. El "affaire Arauca" fue apenas una de las tantas confrontaciones históricas entre las dos Colombias: el modernizado interior y la rústica comarca llanera.

En la Colombia montañosa, el segundo decenio del siglo XX trajo paz y progreso económico. Una nueva generación de conservadores y liberales abandonó la política belicosa, que trágicamente había engendrado la Guerra



Paso de ganado a Venezuela a través del río Arauca. Al fondo El Amparo (El Gráfico, Bogotá, vol. 28, núm. 353, jun. 16, 1917).

de los Mil Días (1899-1902), por la reanudación del compromiso con la democracia parlamentaria, la regularidad electoral, el respeto a la ley y a las libertades civiles⁹. Figuras moderadas de ambos partidos le abrieron paso a la formación de la Unión Republicana, coalición que eligió los presidentes de la república entre 1910 y 1930, todos ellos conservadores. Aunque muchos liberales hubieran preferido apoyar a sus propios candidatos, la decisiva derrota militar de 1902 y el asesinato de Rafael Uribe Uribe, en 1914, dejaron al partido en estado de postración¹⁰. Con el auge de la economía, sin embargo, pudieron desviar su frustración política hacia lucrativos proyectos de enriquecimiento. El café se había convertido en el principal renglón de exportación, en tanto que los crecientes ingresos por ganado, azúcar y textiles contribuían a la prosperidad de Colombia. La inversión foránea, especialmente en la zona bananera, también era significativa. Tal como lo resume Robert Dix, fue una época en que el considerable desarrollo material en nada redujo el aislamiento de las elites respecto a las masas, y en que el gobierno y los partidos representaron casi exclusivamente los intereses de una exigua clase alta¹¹.

El gobierno de José Vicente Concha (1914-1918) ejemplifica ese decenio de consenso elitista. Reconocido jurista y codirector del partido conservador, Concha recibió el respaldo del dirigente liberal Uribe Uribe en las elecciones de 1914 y ganó por la abrumadora mayoría de 300.000 votos¹². Casi enseguida hubo de encarar la crisis nacional causada por el estallido de la primera guerra mundial. Al mismo tiempo que mantenía absoluta neutralidad, adoptó las necesarias medidas de austeridad para hacer frente a la disminución del crédito externo, al creciente déficit nacional y a la fuga de moneda fuerte. Los historiadores han considerado el éxito en capear esos difíciles años, junto con la firma de nuevos tratados con Ecuador y Venezuela, como los principales logros de Concha. En palabras de Henao y Arrubla, su gobierno fue "pacífico, sereno y firme"¹³.

Bogotá, la "Atenas suramericana", era el sitio apropiado, con todas las de la ley, para el gobierno de Concha¹⁴. Activa ciudad de 125.000 habitantes, contaba con fábricas, talleres de artesanos, tranvías y trenes. La modernización había acentuado las diferencias entre ricos y pobres. En 1913, Phanor

⁹ Antonio García, *Gaitán y el camino de la revolución colombiana*, Bogotá, 1955, pág. 35.

¹⁰ Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, Bogotá, 1974, t. II, pág. 13.

¹¹ Robert H. Dix, *Colombia: The Political Dimension of change*, Nueva Haven, 1967, pág. 78.

¹² Milton Puentes, *Historia del partido liberal colombiano*, 2a. edic., Bogotá, 1961, pág. 564.

¹³ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, 8a. edic., Bogotá, 1967, págs. 838-839. Esta obra constituye el texto más corriente sobre historia de Colombia. Es interesante anotar que los autores omiten toda referencia al "affaire Arauca", así como a la situación conflictiva que enfrentó Concha a causa de las grandes huelgas de los obreros portuarios y del transporte en la costa caribe, que registra Miguel Urrutia en *The Development of the Colombia Labor Movement*, Nueva Haven, 1969. Actitudes igualmente complacientes con el gobierno de Concha se pueden encontrar en Milton Puentes, *op. cit.*, pág. 564-566, y en Guillermo González Brum, *Gobernantes de Colombia*, Bogotá, 1936, pág. 193.

¹⁴ No hay certeza sobre cuándo fue acuñada la expresión "Atenas Suramericana", pero en el prefacio a S. Pérez Triana, *Down the Orinoco in a Canoe*, Londres, 1902, R. B. Cunningham dice de Bogotá que es "una especie de Atenas chibcha". El clérigo estadounidense H. J. Mozans intitula "The Athens of South America" el capítulo sobre Bogotá, en su relato de viaje *Up the Orinoco and Down the Magdalena*, Nueva York, 1910.

Eder, quien por largo tiempo residió en la ciudad, escribía que en las calles se podía observar paseando en su automóvil a algún elegante bogotano —rico, culto, educado en universidades extranjeras, que hablaba tres idiomas y vestía a la última moda europea—, mientras en casuchas malolientes y malsanas se hacinaban indios y mestizos andrajosos, embrutecidos, descalzos, semihambrientos y analfabetos¹⁵. Más allá de la ciudad, fincas y pueblos ocupaban las sabanas de Cundinamarca, dejando escasa tierra sin aprovechar. Allí, los señores hacendados criaban ganado vacuno y caballos y cultivaban trigo, cebada y papa. Para observadores como Eder, la estable vida “civilizada” en el templado interior contrastaba notablemente con la existencia “primitiva” de los colombianos de las llanuras tropicales.

Los llanos orientales de Colombia están constituidos por praderas naturales que descienden suavemente de la cordillera Oriental de los Andes para unirse con los llanos venezolanos en altitudes cercanas al nivel del mar. Raudas corrientes fluviales atraviesan la llanura para alimentar las aguas del Orinoco. Predomina la vegetación herbácea tropical, pero a lo largo de los ríos se presentan franjas boscosas húmedas. A causa de la baja altitud, la situación ecuatorial y el régimen de vientos alisios, los llanos experimentan cambios climáticos extremos: nueve meses de fuertes lluvias y tres, de diciembre a febrero, durante los cuales impera una total sequía. Desde los tiempos de Jiménez de Quesada, este extraordinario entorno atemorizaba a los colombianos que llegaban del interior. Una típica reacción fue la del capitán Alberto Santos, quien describía así su visión de Arauca en 1916:

*Arauca es un pueblito por el estilo de las aldeas del Tolima, perdido en la inmensidad del llano, cuyo término no se vislumbra en ninguna dirección. Toda la llanura se halla cubierta de espeso pasto, cuya altura sobrepasa la de un hombre a caballo. [. . .] Imáginese esta llanura sin caminos, de manera que uno puede extraviarse en cualquier momento, que en invierno se inunda a punto tal que los ríos no se pueden distinguir, ya que todo es un inmenso lago, y en verano se cubre de una paja seca que impide caminar a pie! Allí hay animales salvajes y culebras. Añada a este cuadro el sofocante calor, los mosquitos y otros insectos más o menos horrendos, y tendrá usted los llanos de Arauca, dejando de mencionar únicamente las enfermedades*¹⁶.

En 1911 el presidente Carlos E. Restrepo convirtió 26.600 kilómetros cuadrados del noroeste de Casanare, que formaba parte del departamento de Boyacá, en la comisaría especial de Arauca. Aproximadamente 150.000 vacunos e incontables caballos pastaban en esas planicies¹⁷. A diferencia de sus domesticados congéneres de las sabanas de Cundinamarca, vivían en abandono, sin beneficiarse del forraje preparado, la sal ni los medicamentos. La ausencia de cercas y la vecindad de Venezuela estimulaban la depredación de las manadas por parte de indios y cuatrerros. Con todo, la producción de cueros y carne de res constituía la principal industria de Arauca y determinaba la división de la sociedad rural en tres clases: propietarios, peones y llaneros.

Los propietarios calculaban su riqueza, más que en hectáreas, en cabezas de ganado. Puesto que nadie poseía título legal alguno, toda la tierra en Arauca se clasificaba como baldía o pública. Cada quien reclamaba sin ceremonia la tierra ocupada por su ganado, y no eran raras las posesiones de 2.500 kilómetros cuadrados¹⁸. Si poseía menos de dos mil reses, su establecimiento se

¹⁵ Phanor J. Eder, *Colombia*, Londres, 1913, págs. 217-218.

¹⁶ Entrevista al capitán Alberto Santos en *El Nuevo Tiempo*, 29 de mayo de 1917.

¹⁷ Miguel Triana, *Al Meta*, Bogotá, 1913, pág. 152.

¹⁸ *Ibid.*

denominaba *fundación*. Las haciendas con más de dos mil cabezas se conocían como *hatos*. Los propietarios ejercían la mayor parte del poder económico y político en la comisaría, pero, a diferencia de los hacendados de Cundinamarca, poco en común tenían entre sí. Algunos vestían como caballeros y vivían en casas espaciosas. Otros, no menos ricos, andaban descalzos, comían con las manos y vivían en chozas¹⁹. En 1894, el ingeniero francés Jorge Brisson se topó con uno de estos últimos: el gamonal de Cravo. Nacido en Venezuela, don Socorro Figueroa había llegado en 1876 a Colombia, donde fundó el caserío de Cravo. Dieciocho años después y a la edad de 85, poseía doce mil cabezas de ganado y apreciables cantidades de oro. Su desvencijada casa, rodeada por los otros diez ranchos de la aldea, la ocupaban sirvientes, hijos naturales, nietos y mujeres indígenas. Astuto aunque completamente iletrado, era el *reyezuelo* de la región²⁰.

Los peones eran los jornaleros mestizos de los hatos y fundaciones. Cultivaban para los propietarios maíz, arroz, yuca y una variedad de plátano llamada *topocho*, a la vez que atendían sus propias parcelas de subsistencia denominadas *conucos*. Sus viviendas eran aún más simples que la de "don" Figueroa: techos de hojas de palmera sostenidos por estacas clavadas en el suelo. Las mujeres empleaban la mayor parte del día en atender las ollas colocadas sobre fogones formados con piedras. Sus niños, semidesnudos y melancólicos, sufrían de paludismo. Al profesor Hiram Brinham, que pasó por Arauca en 1907, los peones le parecieron sucios y desaliñados. Su comida era lamentable e infrecuente. Los insectos nocivos proporcionaban constante tormento. En definitiva, concluye, "parecen contentarse con menos que cualquiera de los pueblos civilizados que he conocido"²¹.

El llanero, descrito por J.M. Samper como "el más curioso tipo entre los muchos producidos en la Nueva Granada por el cruce de razas", era un peón a caballo²². Aunque bien poco difería, en cuanto a bienestar material, del jornalero sin caballo, el llanero presentaba un porte más atractivo. Pastor de inmensas y libres manadas, jinete, torero, nadador, soldado de caballería y poeta de las llanuras, era él

*el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre el criollo y el indio feroz casi antropófago, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral, entre la sociedad con todas sus trabas convencionales, más o menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos, donde sólo impera la naturaleza con su inmortal grandeza y su solemne majestad*²³.

No existe hasta el momento estudio alguno sobre el llanero histórico, y los relatos de la mayoría de los viajeros lo retratan con el mismo romanticismo expresado por Samper. Notable excepción es Bingham, quien, lejos de sucumbir al encanto de estos vaqueros, los encuentra "salvajes, levantiscos e indolentes, despreocupados por trabajar, a no ser que lo hagan a caballo"²⁴. Otros observadores hacen hincapié en el carácter paradójico del llanero. Capaz de cabalgar todo un día con una taza de café como único alimento, lo es también de permanecer varios días tendido en la hamaca, fumando²⁵. Generalmente supersticioso y desconfiado, permanece inquebrantablemente leal a su propio código ético. Al llanero le gusta el aguardiente y le apasionan las peleas de gallos. Es capaz de bailar toda la noche sin cansarse. Como combatiente guerrillero, su habilidad es incomparable. Acaso su supuesta independencia dio pábulo a la imaginación de los viajeros. En 1904 escribía H.J.

¹⁹ Hiram Bingham, *Journal of an Expedition across Venezuela and Colombia*, 1909, Nueva Haven, 1909, pág. 113.

²⁰ Jorge Brisson, *Casanare*, Bogotá, 1896, pág. 120. R. P. F. D. Delgado hace interesantes descripciones de los propietarios y los hatos en *Excursiones por Casanare*, Bogotá, 1910, págs. 100-120.

²¹ Bingham, *op. cit.*, pág. 113.

²² José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, París, 1861, pág. 91.

²³ *Ibid*.

²⁴ Bingham, *op. cit.*, pág. 113. Otros relatos de viaje que contienen descripciones del llanero son Brisson, *op. cit.*; Mozans, *op. cit.*; Pérez Triana, *op. cit.*; Ernest Rothlisberger, *El Dorado*, Bogotá, 1963; Delgado, *op. cit.*; Triana, *op. cit.*; Emiliano Restrepo, *Una excursión al San Martín*, Bogotá, 1955. Trazos más realistas de la vida del llanero se pueden espigar en los informes anuales de los comisarios especiales de Arauca, reproducidos en las *Memorias del ministro de gobierno*, desde 1911 hasta 1930. La mejor descripción del llanero contemporáneo es la de Guillermo Ramírez, "San Luis de Palenque; el llanero y su presente", en *Economía Colombiana*, vol. II, agosto de 1954, págs. 21-38.

²⁵ Informe del comisario especial de Arauca, en *Memorias del ministro de Guerra* (en adelante citadas como MMG), 1914, pág. 98.



Eloy Sánchez se unió a los insurrectos el 30 de diciembre de 1916 (El Gráfico, vol. 7, núm. 338, mar. 24, 1917).



Humberto Gómez, santandereano (1887-), jefe de la insurrección de Arauca (El Gráfico, Bogotá, vol. 7, núm. 338, mar. 24, 1917).

Mozans: “Dadle al llanero caballo, lanza, escopeta, poncho y hamaca... y su hogar estará en cualquier sitio donde lo encuentre la puesta del sol”²⁶.

Los propietarios, peones y llaneros eran los “rationales” de Arauca. Aunque poseían diversos grados de riqueza y libertad, racialmente todos ellos eran mestizos. Salvo algunos propietarios, poco se distinguían en su alimentación, vestimenta, vivienda y diversiones, ni existía, por supuesto, cosa parecida a las divisiones de casta del interior. Los otros habitantes de las llanuras eran indios nómadas: guahíbos, sálivas y tunebos. Siglos de abusos los habían convertido en acérrimos enemigos de los “civilizados”. Los guahíbos, particularmente, asaltaban los hatos apartados, mataban a los propietarios y robaban el ganado. Los aislados esfuerzos de los misioneros para establecerlos en aldeas habían logrado escasos resultados, y los llaneros seguían considerando a los indígenas como una especie de tigre al que había que acorralar y cazar²⁷.

Fundado en 1780 por venezolanos, el poblado de Arauca se hallaba situado en la ribera derecha del río homónimo y era la capital de la comisaría. En 1910 tenía quinientas viviendas y 3.472 habitantes²⁸, muchos de los cuales eran extranjeros: venezolanos, franceses, italianos y turcos, que habían llegado cuando Arauca servía aún de puerto para el tráfico por el Orinoco con Ciudad Bolívar. La crecida del río Arauca, entre junio y agosto, permitía a los buques de vapor hacer escala en el pueblo, pero a fines del decenio de 1890 el dictador venezolano Cipriano Castro suspendió este servicio. En “invierno”, el poblado y su puerto, unidos por una larga calle, sobresalían como un archipiélago en medio del territorio inundado²⁹.

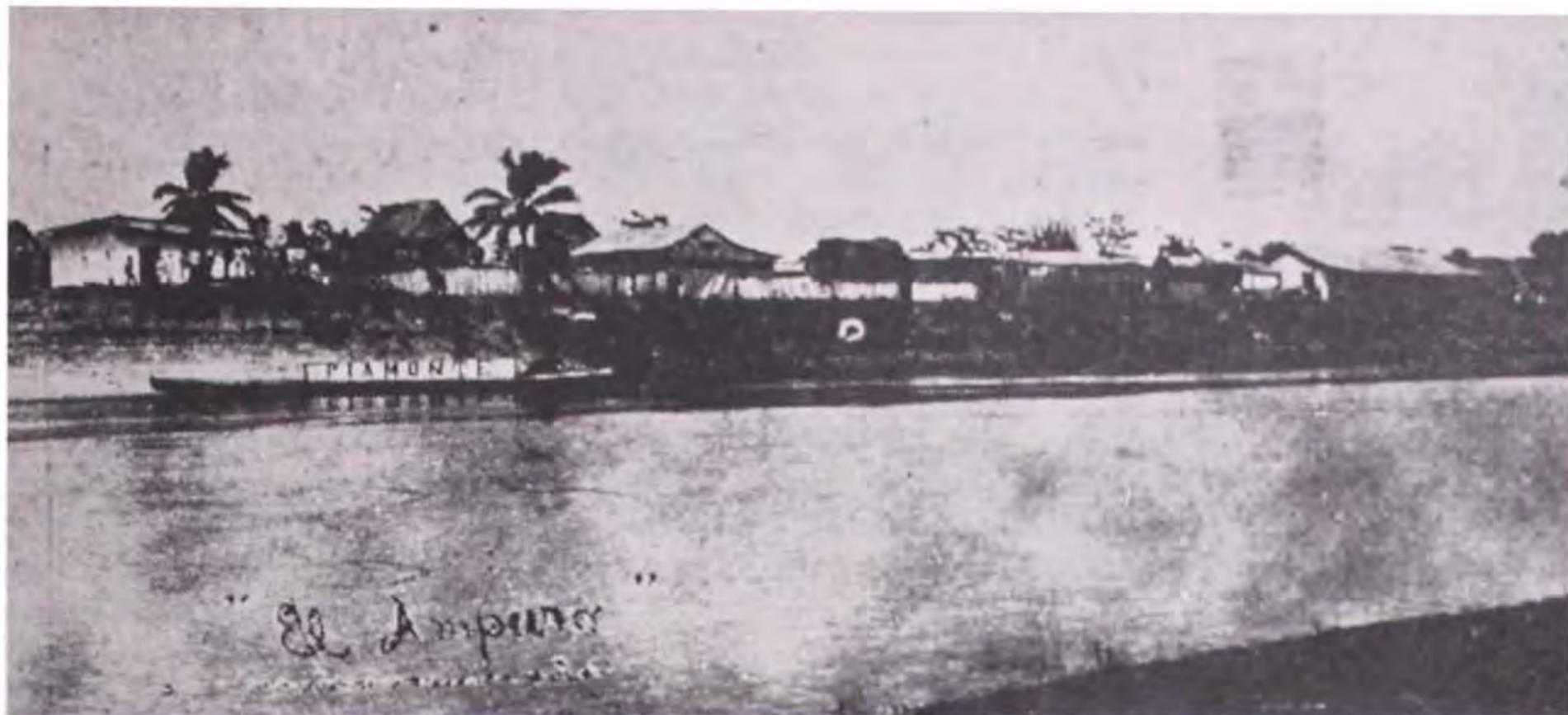
Arauca contaba con muchos almacenes y casas comerciales. Realizaba un activo intercambio con las localidades venezolanas de El Amparo, al otro lado del río, y San Fernando de Apure. Los comerciantes exportaban cueros de res, ganado y plumas de garza, e importaban licores, textiles, alimentos, zapatos y mercancías en general. En las oficinas administrativas funcionaban el gobierno comisarial, la aduana, la tesorería nacional, el tribunal de circuito, la alcaldía y el concejo. Había, igualmente, una guarnición de policía de frontera, tres escuelas y una iglesia regida por misioneros agustinos recoletos.

²⁶ Mozans, *op. cit.*, pág. 130.

²⁷ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1919, t. II, pág. 269.

²⁸ Carlos E. Restrepo, *Mensaje del presidente*, 1914, págs. 66-67.

²⁹ F.J. Vergara y Velasco, *Nueva geografía de Colombia*, Bogotá, 1901-1902, págs. 680-682.



Muchos colonos buscaron refugio en El Amparo, población venezolana a orillas del río Arauca (Cromos, Bogotá, vol. 4, núm. 77, ago. 4, 1917).

Los vínculos de Arauca con Bogotá, distante 595 kilómetros, eran débiles. Ningún camino conducía directamente al interior, pero si era posible llegar a Cúcuta, por la vía de San Cristóbal, a través de Venezuela. El correo enviado desde Bogotá tardaba cuarenta días, viajando por los ríos Meta y Orocué. La más cercana estación telegráfica a Cúcuta resultaba prácticamente inaccesible, y otra en Pore (Casanare) distaba 48 kilómetros³⁰. Todavía Arauca constituía un minúsculo bastión de la vida urbana de Colombia en la frontera. Brisson se encontró allí con personas cultas y observó que, si bien las riñas de gallos estaban generalizadas, también eran frecuentes las fiestas a las cuales las damas asistían elegantemente vestidas³¹. En 1907, Hiram Bingham pasó una agradable velada en uno de los bares del pueblo, bebiendo cerveza y discutiendo sobre filosofía con cinco médicos, mientras escuchaban música de flauta y guitarra³².

El desarrollo económico logrado en el interior después de 1903 no caló la región fronteriza llanera. A lo largo del siglo XIX, Arauca fue la más floreciente población de Casanare, gracias a su acceso a los mercados venezolanos. Este factor ventajoso llegó a su fin durante la guerra de los Mil Días, cuando Cipriano Castro bloqueó la navegación de vapores por el Orinoco e impuso altos aranceles proteccionistas al ganado importado de Colombia³³. El ganado de los llanos era inferior en cuanto a raza, peso, alimentación y cuidado, en comparación con el que se criaba en las montañas o en la costa caribe. Para llegar al interior, había que viajar por ásperos y casi intransitables senderos, o tomar la vía de San Cristóbal, privilegio por el cual Venezuela exigía el pago de un elevado peaje. Imposibilitados de vender competitivamente sus animales en cualquiera de los dos países, los propietarios araucanos los sacrificaban para aprovechar el cuero o abandonaban los llanos definitivamente³⁴. A comienzos del siglo XX renació la demanda europea de plumas de garza, lo que aplazó, aunque por breve tiempo, la inevitable crisis económica. Cuando el precio de las delicadas y níveas plumas se remontó a quinientos dólares la libra, la "ley de la selva" se impuso en Arauca. Aventureros sin escrúpulos acechaban los lugares de anidación y, para apoderarse de las plumas, mataban las aves por millares. La caída vertical del precio en 1914 redujo drásticamente el comercio de plumas, tanto el legal como el de contra-

³⁰ Eder, *op. cit.*, pág. 229.

³¹ Brisson, *op. cit.*, pág. 84.

³² Bingham, *op. cit.*, pág. 109.

³³ Informe del intendente nacional de Casanare, en MMG, 1904, págs. 142-143.

³⁴ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1915, págs. 231-232.

bando. Más que contribuir al desarrollo económico de la comisaría, los catorce años de auge estimularon el desorden y casi exterminan las garzas³⁵. Muchos de los problemas de Arauca eran crónicos en todo el territorio llanero: funcionarios corruptos e incompetentes, inexistencia de títulos de propiedad de la tierra, elevada mortalidad por causa de las enfermedades tropicales y un desenfrenado bandidaje que desalentaba la colonización y la afluencia de capital tanto en la comisaría como en Meta y Casanare³⁶.

En Arauca, por añadidura, la avasalladora injerencia venezolana reforzaba tales dificultades. Los precios, por ejemplo, estaban por las nubes, debido a que los comerciantes importaban todo por conducto de intermediarios venezolanos y pagaban doble gravamen: en Ciudad Bolívar y en Arauca. Los venezolanos controlaban el tránsito de embarcaciones por el río, y tan sólo circulaba la moneda venezolana. En 1912 el comisario informó que negociantes venezolanos habían recogido toda la moneda colombiana circulante en la localidad, y la habían reacuñado en Venezuela, para introducirla de nuevo en Colombia, obteniendo así el ciento por ciento de ganancia³⁷. La aduana disponía de siete hombres mal pagados para vigilar una frontera de ciento cincuenta leguas. No es de sorprenderse, pues, que el contrabando desde Venezuela representara las dos terceras partes del comercio de la región³⁸. La libre navegación por el río Orinoco habría aliviado la insostenible situación, pero Juan Vicente Gómez, que derribó a Castro en 1908, se negó a reconocer las reclamaciones de Colombia³⁹.

Por su situación geográfica, la comisaría se vio comprometida con los desórdenes políticos del estado de Apure, al igual que con el gobierno de Gómez en Caracas. Muchos venezolanos habían cruzado la frontera para escapar a las guerras federalistas del decenio de 1860. En algunas localidades fronterizas, constituían el noventa por ciento de la población. En medio de los pobladores pacíficos, existían también bandidos y revolucionarios que establecieron bases para operaciones clandestinas. En los años 1909, 1911 y 1912, adversarios del presidente de Apure lanzaron infortunados ataques desde Arauca. Enemigos de Juan Vicente Gómez se organizaban y conspiraban en el lado colombiano de la frontera. Para aplastarlos, el dictador no vaciló en ordenar su asesinato ni en enviar tropas a través del río Arauca, con o sin autorización de las autoridades colombianas. Esas arbitrarias actuaciones reforzaron el temor de los araucanos a una inminente invasión venezolana. Ya entre 1899 y 1902, cuando Castro apoyaba a los rebeldes liberales que dominaban los llanos, hubo rumores de que su intención era anexionar a Casanare⁴⁰. La inseguridad en la frontera desalentaba a los colonos honrados y frenaba el progreso económico.

A pesar de ciertos intentos por reformar la política del gobierno nacional respecto a la región fronteriza llanera, lo único que se lograba era acrecentar las presiones que producirían el "*affaire Arauca*". La traumática pérdida de Panamá sufrida por Colombia puso al descubierto la necesidad de incorporar más efectivamente sus territorios periféricos. Tras un torrente de decretos inoperantes, el acto legislativo de 1910 vino a constituir en varios decenios, la primera reorganización significativa del régimen territorial, al permitir la formación de *intendencias y comisarías especiales* como unidades administrativas directamente sustentadas en el poder ejecutivo por conducto del ministerio de Gobierno. La diferencia legal entre las dos categorías no resultaba clara, pero la comisaría era menos importante y más dependiente del gobierno central. En 1913, mediante decretos ejecutivos se

³⁵ Ernesto Camejo, *Breves apuntes sobre Arauca*, Bogotá, 1940, págs. 36-37.

³⁶ El mejor resumen sobre los problemas de Arauca al final del siglo es Max Carriazo, *Llanos orientales*, Bogotá, 1910, compilación de artículos originalmente publicados en el *Nuevo Tiempo*.

³⁷ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1912, pág. 64.

³⁸ Pedro M. Carreño, MMG, 1912, págs. 59-60.

³⁹ Daniel Valois Arce, *Reseña sobre límites entre Colombia y Venezuela*, Caracas, 1970, pág. 99.

⁴⁰ Informe del intendente nacional de Casanare, en MMG, 1904, págs. 142-143.

habían creado las comisarias de Arauca, Vaupés, Urabá y Juradó, así como las intedencias de Meta y Chocó ⁴¹.

Principalmente por consideraciones estratégicas, Arauca fue elevada de prefectura departamental a territorio nacional. Los presidentes Restrepo y Concha concedieron alta prioridad al mejoramiento de las relaciones con Venezuela. El derrocamiento de Cipriano Castro, en 1908, había allanado el camino a la reanudación de los vínculos diplomáticos con Colombia, rotos en 1901. Se esperaba la reapertura de las negociaciones sobre límites, ya que ninguna de las partes aceptaba el arbitraje de la corona española en 1891 ⁴². La agitación de los revolucionarios venezolanos en Santander y Arauca ponía en peligro las nuevas conversaciones, en tanto los mensajes presidenciales de Restrepo y Concha mostraban preocupación por mejorar la seguridad en esas comarcas. Como comisaría, Arauca obtuvo una subvención anual de 1.500 pesos. El presidente de la república nombraba al comisario especial, que ejercía su autoridad en casi todos los aspectos del gobierno del territorio, excepto la defensa. En 1913 el Congreso aprobó la Ley 100, que, al reorganizar la policía de frontera, asignó a Arauca una guarnición de doscientos hombres, cuyo comandante respondía directamente ante el ministerio de Guerra. Por otra parte, el gobierno de Bogotá internó a los exiliados venezolanos sospechosos de conspirar y, a petición de Venezuela, extraditó a los criminales ⁴³.

Tales medidas, si bien fortalecieron el dominio colombiano sobre el territorio, no estimularon el desenvolvimiento económico ni aseguraron la vida y la propiedad. Cada año el comisario presentaba la lista de necesidades de Arauca, pero sus recomendaciones caían en oídos sordos. El Congreso rehusó respaldar la construcción de la carretera del Sarare desde Arauca hasta Pamplona (Norte de Santander), que había roto el aislamiento del territorio y disminuido su dependencia de Venezuela. La insuficiencia de fondos impidió concluir la instalación de la línea telegráfica, iniciada en 1913 ⁴⁴. La subvención que el gobierno nacional proporcionaba a Arauca era tan excesivamente mezquina, que ni siquiera alcanzaba para pagar los sueldos de los funcionarios locales. En 1915 el ministerio de Guerra trasladó a Tame 140 agentes de la policía de Arauca, porque las fiebres tropicales habían diezmado sus filas ⁴⁵. El no resuelto conflicto de poderes entre el comisario y el comandante de la guarnición fue más allá de obstaculizar la persecución de los forajidos. El episodio protagonizado por Pérez Delgado en 1916 puso al desnudo la lastimosa debilidad de la defensa de Arauca y preparó el terreno para la insurrección de Humberto Gómez.

En diciembre de 1915, Pedro Pérez Delgado atacó las fuerzas del caudillo-presidente de Apure, el general Pérez Soto, en San Fernando de Apure. Derrotado, el bandido venezolano se refugió en Arauca, donde se dedicó al robo de ganado. Cuando, en marzo del año siguiente, el comisario, Marco Torres Elicechea, intentó aprehender a la banda de Pérez Delgado, el sargento mayor Villalobos, comandante de la guarnición, se negó a perseguir a los bandidos, alegando que sólo obedecería órdenes emanadas directamente del ministerio de Guerra. Persistentes rumores indicaban que Pérez Delgado atacaría a Arauca, y el general Pérez Soto se ofreció a defender la ciudad. Cuando se informó de ello al presidente Concha, este rechazó la oferta y, en cambio, ordenó al comandante en jefe de la policía de frontera, el general Daniel Ortiz, marchar con sus hombres desde Cúcuta por la vía de San Cristóbal. Venezuela concedió a la policía colombiana permiso de utilizar dicha vía. Sin embargo, antes que Ortiz llegara a su destino, Pérez Delgado

⁴¹ Humberto Plazas Olarte, *Los territorios nacionales*, Bogotá, 1944, págs. 148-156.

⁴² Valois Arce, *op. cit.*, pág. 91.

⁴³ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1914, págs. 69-70.

⁴⁴ *El Espectador*, 10 de enero de 1917.

⁴⁵ Miguel Abadía Méndez, MMG, 1916, págs. vi-xii.

asaltó, el 3 de abril, la población fronteriza venezolana de El Ogza y mató veintidós personas. Profundamente indignado por este nuevo atropello, el general Pérez Soto persiguió a los forajidos, penetrando en territorio araucano con el consentimiento del comisario Torres Elicechea, a quien el sargento mayor Villalobos apresó inmediatamente acusándolo de traición. Por fortuna, pronto apareció en escena el general Ortiz, asumió el mando, liberó a Torres Elicechea y persuadió a Pérez Soto a retirarse. Tras capturar a Pérez Delgado y a otros integrantes de la banda, Ortiz envió los prisioneros a Boyacá, para que fueran juzgados, y continuó patrullando los llanos. En julio, finalmente, resignó la autoridad en el nuevo comisario, Esteban Escallón, y regresó con sus tropas a Cúcuta ⁴⁶.

En julio de 1916, en sus informes anuales al Congreso, Marco Fidel Suárez y Miguel Abadía Méndez —ministros, respectivamente, de Relaciones Exteriores y de Gobierno— comentaron el episodio protagonizado por Pérez Delgado. Suárez hizo hincapié en la delicada situación de la frontera Arauca-Apure y en que era lamentable, pero comprensible, que a veces, en persecución de bandidos, fuerzas venezolanas cruzaran la frontera ⁴⁷. Abadía Méndez atribuyó la crisis a la negativa de Villalobos a recibir órdenes de Torres Elicechea. Para evitar tal colisión, propuso que, mediante decreto ejecutivo, se colocara al comandante bajo la autoridad del comisario, recomendación que Concha acogió ⁴⁸. Fuera de tomar esta medida, el gobierno nada hizo para disminuir la tirantez en Arauca. Abadía Méndez parecía beatíficamente inconsciente de que el comisario Escallón, bogotano sin experiencia en los llanos, carecía de tacto y tolerancia. En escasas semanas se había enajenado la voluntad de numerosos araucanos. Había fracasado en promover la cooperación tanto del general Pérez Soto como del nuevo comandante, el capitán Alberto Santos, y hostilizaba vengativamente a sus enemigos personales ⁴⁹. Uno de éstos, Humberto Gómez, se refugió en Apure y comenzó a fraguar un plan vindicativo.

Comunicados de residentes de los llanos que publicaron los periódicos del interior durante 1916 manifestaban creciente decepción. Un corresponsal de Guasdalito se lamentaba de la insoportable situación del comisario de Arauca.

El General Jesús García y su ejército se aprestan a salir de Arauca llevando los prisioneros (El Gráfico, Bogotá, vol. 7, núm. 350, jun. 2, 1917).



⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Marco Fidel Suárez, *Memorias del ministro de Relaciones Exteriores* (en adelante citadas como MMRE), 1916, pág. 88.

⁴⁸ Abadía Méndez, MMG, 1916, págs. vi-xii.

⁴⁹ *El Trabajo* (Cúcuta), 10 de febrero de 1917.

Separado de Bogotá por cientos de kilómetros, sin telégrafo ni caminos, estaba obligado a enviar a esa ciudad consultas “cuyas respuestas requerían, ¡Dios Santo!, tres meses para llegar...”⁵⁰. Otro corresponsal opinaba que el incidente de Pérez Delgado demostrada de cuán pocas garantías disfrutaba la población pacífica y cuán fácil le resultaría a Venezuela invadir toda la región. Afirmando que el abandono del gobierno durante los últimos veinte años había sumido en la ruina a las poblaciones llaneras, llamaba a poner término al monopolio comercial venezolano mediante la construcción de vías y la colonización⁵¹. El 29 de septiembre de 1916, el periódico tunjano *La Linterna* publicó una carta de un casanareño, quien sostenía que la debilidad, las metidas de pata y la inercia del gobierno habían socavado el patriotismo de los llaneros. “El gobierno ha hecho caso omiso de nosotros, porque somos liberales —continuaba—. Aquí los actos de agresión que diariamente cometen los venezolanos contradicen las afirmaciones de la cancillería de que las relaciones entre los dos países son cordiales”⁵².

Las airadas afirmaciones de los llaneros contrastaban marcadamente con las olímpicas declaraciones de los ministros. Los singulares problemas de la frontera reclamaban a gritos estudio, solidaridad y una legislación especial, pero Bogotá no daba señal alguna de que medidas en tal sentido estuviesen próximas. La caída de Arauca no tomaría por sorpresa a los llaneros, pero la ferocidad de la “humbertera” y la inepta reacción del gobierno sobrepasarían los pronósticos más pesimistas.

Humberto Gómez, rubio, ojiazul, intensamente bronceado, tenía 29 años de edad en 1916. Nacido en Santander, había vivido su infancia en Sogamoso y en Cúcuta, donde su padre adoptivo le enseñó rudimentos de farmacia y carpintería. Joven e inteligente y audaz, se trasladó a Guárico (Venezuela), donde pronto se granjeó la protección de los caudillos del lugar, los hermanos Gabaldón. Después de 1911 se estableció en Arauca, se casó y trabajó como mayordomo en el hato Las Delicias⁵³. Algunos de sus vecinos consideraban que Gómez era tan sólo un honrado ganadero. Otros, en cambio, aseveraban que él y los hermanos Gabaldón traficaban con plumas de garza. En opinión de un antiguo comisario, Eduardo Carvajal, que conoció a Gómez personal-

Prisioneros en Santa Rosa de Viterbo. Sentados están Saturnino Baena, Atilio d'Anello, dos corresponsales de prensa, Pancho Villa y Luis V. Romero (El Gráfico, Bogotá, vol. 7, núm. 350, jun. 2, 1917).



⁵⁰ El Diario Nacional, 18 de julio de 1916.

⁵¹ El Diario Nacional, 13 de septiembre de 1916.

⁵² La Linterna, 29 de septiembre de 1916.

⁵³ Entrevista de Germán Reyes al padre adoptivo de Humberto, en *El Nuevo Tiempo*, 13 de enero de 1917.

mente, éste era “uno de tantos productos viciosos del interior de Colombia y de Venezuela, que huyen a la frontera para esquivar la acción de la vindicta pública, al amparo de una efectiva impunidad que aprovechan para nuevos delitos”⁵⁴. Naturalmente, el comisario Escallón compartía este punto de vista, pues todos los relatos coincidían en que su tenaz persecución a Gómez lo había forzado a refugiarse en Venezuela, en septiembre de 1916.

Durante su exilio, Humberto fraguó el movimiento contra Escallón. Su plan de tomarse a Arauca y saquear el erario le granjeó la adhesión de aquellos antiguos secuaces de Pérez Delgado que habían permanecido en libertad. Posteriormente, en Arauca, otros descontentos, entre los cuales algunos soldados que el capitán Santos había licenciado por insubordinarse, se unieron a la conspiración. Al recuperar un depósito de máuseres y wíncesteres que había ocultado Pérez Delgado, Humberto armó a sus hombres. A mediados de diciembre se encontraba listo.

El general Escallón se negó a tomar en serio los avisos de un inminente ataque de Humberto, y su terquedad proporcionó a éste la ocasión. El 29 de diciembre, al enviar a los llanos un escuadrón de policía a buscar un despacho de correo atrasado, y otro, comandado por el capitán Santos, a Cravo Norte, estúpidamente dejó la guarnición defendida tal sólo por veinte hombres⁵⁵. El 30 de diciembre, antes del alba, Humberto y 37 compañeros cruzaron el río Arauca, donde se reunieron con Eloy Sánchez y otros doce. Avanzaron sigilosamente hacia la plaza y mataron al centinela. Entonces, gritando a voz en cuello “Viva la república de Arauca”, asaltaron el cuartel. Los disparos despertaron al general Escallón, quien salió precipitadamente de las oficinas de la comisaría, armado con una carabina. Cuando avanzaba valerosamente, recibió una herida mortal en el estómago por el disparo de un hombre a quien más tarde se identificó como Pedro Antonio Álvarez. En medio del combate, Gómez ordenó que se condujera a Escallón a casa de Atilio d’Anello, cuñado del jefe rebelde, donde el comisario murió, a la una de la tarde⁵⁶.

A mediodía, ya Humberto controlaba la ciudad. Trece policías habían muerto. Tras apoderarse del arsenal de la población, confiscó 5.000 pesos de la secretaría de Hacienda y 150 de la aduana. Gómez quemó los archivos de la comisaría y del tribunal de circuito. Encarceló a todas las personas hostiles a su causa y exigió rescate por Marco Torres Elicechea, el general Luis Nieto, los coroneles Alejandro Díaz y Molano Briceño, así como por Alfonso y Zoilo Escallón, hijos del comisario asesinado⁵⁷. Mandó un pelotón a capturar al capitán Santos, quien, al ser sorprendido el 1.º de enero en los llanos del sur de Arauca, se vio obligado a retirarse con sus hombres a Pore. Sin otra fuerza colombiana que lo desafiara, el antiguo contrabandista se convirtió en el “Amo de Arauca”.

Aunque la venganza y el botín eran los móviles fundamentales, Humberto se esforzó por dar a la insurrección un tinte ideológico. Tras asumir el mando, dijo a los aterrados araucanos que sus acciones formaban parte de una rebelión liberal generalizada en toda Colombia, y que el presidente Concha, el ministro Suárez y otros altos funcionarios estaban ya en prisión. En la proclamación, fechada el 4 de enero, supuestamente redactada por su secretario, Gómez declaró: “¡El gobierno de Concha ha terminado en Arauca, compatriotas! ¡La tiranía oficial implantada por los fracasados del gobierno de Bogotá acaba de recibir una gran lección: la derrota, el desastre!”⁵⁸. Y proseguía, diciendo que Concha había enviado a todos los lugares gobernantes excesiva-

⁵⁴ Entrevista a Eduardo Carvajal, *El Nuevo Tiempo*, 10 de enero de 1917.

⁵⁵ Tanto Abadía Méndez — en MMG, 1917, pág. iv— como Concha — en *Exposición del poder ejecutivo al Congreso de 1917* y en *Documentos sobre los acontecimientos de Arauca*, Bogotá, 1917, pág. 22— culpan a Escallón de imprudencia, al enviar a los llanos la mayor parte de sus fuerzas. Un corresponsal escribe desde Guasdalito: “El general Escallón, no sólo no continuó la tarea emprendida por el general Ortiz, sino que hizo motivo de ridículo las advertencias de los que sabían que algo tenebroso se preparaba y lo instaban para que tomara medidas adecuadas, ofreciéndole además su apoyo personal”. (El Trabajo, 10 de febrero de 1917).

⁵⁶ El *Diario Nacional*, 9 de febrero de 1917.

⁵⁷ Telegrama de Luis Flórez a Concha, Guasdalito, 9 de enero de 1917, en *Exposición...*, pág. 25.

⁵⁸ *Gil Blas*, 16 de febrero de 1917. Posteriormente Romero negó su participación, en telegrama fechado el 17 de marzo, alegando que Marco Torres Elicechea lo había acusado falsamente. (Véase *Gil Blas*, 2 de abril de 1917).

mente incompetentes, débiles y corruptos. Que bajo Torres Elicechea y Escallón se había practicado una persecución ilegal. Que el presidente Concha se había negado a escuchar los clamores de justicia de los araucanos. Ahora la justicia triunfaría, puesto que la bandera del liberalismo renacía, cual ave fénix, de las cenizas de la derrota, al suprimir el abuso oficial. Llamando a las armas a todos los liberales, republicanos y araucanos, Humberto terminaba con un vibrante "Viva la Libertad, viva el Republicanismo" ⁵⁹.

Gómez formó un gobierno provisional para la República de Arauca, con él mismo como jefe civil y militar. Atraídos tanto por la abundancia de caballos, aguardiente y armas como por las invocaciones al liberalismo, nuevos hombres se le sumaron, con lo cual su ejército aumentó a trescientos efectivos ⁶⁰. A lo largo del mes de enero, bandas de estos forajidos vagaron por los llanos asaltando los hatos y robando vacunos y caballos. Pacíficos colonos abandonaron en masa sus hogares, buscando ponerse a salvo en la selva o en El Amparo. El asesinato, el pillaje y el robo imperaron. De boca en boca corrieron relatos de la comisión de atrocidades sin que mediara motivo alguno: la mutilación de las víctimas y la violación de mujeres ⁶¹. Particularmente famosa fue la crueldad de uno de los lugartenientes de Humberto, Monte de Oca, que decapitaba niños con su machete. Se decía que el propio Humberto se hallaba espantado del sanguinario venezolano, y que esa había sido la razón para que cierta tarde ordenara a sus hombres amarrarlo. Al día siguiente se lo entregó al ejército venezolano, que con complacencia lo ejecutó ⁶².

Gómez proyectaba mantenerse en Arauca hasta acumular suficiente botín que hiciera beneficioso su retiro a Venezuela o Brasil antes de la llegada del ejército colombiano. A pesar de persistentes rumores de que con mil hombres marchaba sobre Tame, Orocué e inclusive Tunja, la única población que ocupó, además de Arauca, fue Cravo. A fines de enero, su ejército se hallaba menguado, y por mediación del presidente de Apure, el doctor Pérez Hoyos, Gómez puso en libertad a sus prisioneros ⁶³. El último ataque lo lanzó contra El Viento, donde incendió y saqueó el sector comercial. Después, el 3 de febrero, junto con la mayoría de sus oficiales y una apreciable cantidad de cueros, mercancías y caballos, cruzó la frontera hacia Periquera ⁶⁴. La República de Arauca feneció cinco días antes que el primer soldado colombiano apareciera en escena.

Tomando en cuenta el aislamiento de Arauca, no es sorprendente que Humberto permaneciera en el poder cuatro días antes que el presidente Concha se enterara de la insurrección. Un telegrama enviado el 30 de diciembre por el cónsul colombiano de El Amparo y transmitido por conducto de San Cristóbal y Cúcuta llegó al palacio de San Carlos el 3 de enero. Le siguieron otros telegramas de Nunchía, Cúcuta y Orocué, que hablaban del asesinato de Escallón y de la alarma general en los llanos. Desde Pore telegrafió el capitán Santos comunicando que disponía de ochenta hombres para resistir a Humberto, pero sólo de dieciocho caballos, y en Nunchía el general Ignacio Suárez informó que estaba reuniendo voluntarios y pertrechos para defender a Tame ⁶⁵.

Concha vacilaba. La información disponible lo convenció de que el movimiento no era político sino obra de bandidos. Sin embargo, decidió que no se debían romper las relaciones con Venezuela. Tan sólo un mes antes, los dos países habían suscrito un nuevo tratado de arbitraje, que en ese momento se

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ El Nuevo Tiempo, 14 de enero de 1917.

⁶¹ Telegrama de Teodoro J. Amézquita a Abadía Méndez, Orocué, 19 de enero de 1917, en *Exposición...*, pág. 25.

⁶² El diario Nacional, 29 de mayo de 1917.

⁶³ El Espectador, 30 de enero de 1917. Un telegrama de Alberto Santos, fechado en Pore el 11 de enero, informó de la muerte de Torres Elicechea. Posteriormente se supo que por el excomisario se habían exigido mil dólares de rescate, que reunieron sus amigos en Venezuela, y logró ser liberado tras catorce días de cautiverio. (Véase *Exposición...*, págs. 23 y 26-27).

⁶⁴ Entrevista a Zoilo Escallón en El Nuevo Tiempo, 31 de mayo de 1917.

⁶⁵ Telegrama de Santos al director general de la policía nacional, Pore, 7 de enero de 1917 (*Exposición...*, págs. 17-18); telegrama de Suárez a Abadía Méndez, Nunchía, 8 de enero de 1917 (*Exposición...*, pag. 21).



Una vista panorámica de la ciudad de Arauca (Cromos, Bogotá, vol. 4, núm. 87, oct. 13, 1917).

hallaba al estudio del Congreso Venezolano, y el 19 de diciembre Colombia había felicitado al general Gómez con ocasión del octavo aniversario de su toma del poder ⁶⁶. El 8 de enero, nuevas noticias de que Humberto marchaba sobre Tame y de que la población había sido tomada terminaron con las vacilaciones de Concha. Al día siguiente decretó el estado de sitio para la comisaría de Arauca, la prefectura de Nunchía y la región de Orocué, en el departamento de Boyacá, incluidas las dos secciones de Casanare, ante la expresa petición del gobernador boyacense, Domingo Combariza ⁶⁷.

Las siguientes medidas de Concha indicaban cuán profundamente le preocupaba la insurrección. El 9 de enero ordenó al general Correal, de la policía nacional, dirigirse de Bogotá a Arauca con doscientos hombres, tomando la ruta Villavicencio-río Meta-Orocué: cuarenta penosos días de viaje, en la mejor de las circunstancias. Avisó al general Ortiz, en Cúcuta, para que preparara la movilización de la policía de frontera, solicitando de Venezuela la autorización para utilizar la vía de San Cristóbal. El 11 de enero designó al general Jesús García R. como jefe civil y militar de Arauca, confiriéndole autoridad para organizar un ejército de voluntarios en Boyacá y Casanare, avanzar sobre Arauca, derrotar a Humberto y restablecer la soberanía colombiana ⁶⁸. Mientras tanto, el ejército venezolano había ocupado posiciones en la ribera occidental del río Arauca. Bloqueado su retiro hacia Venezuela, Humberto tendría que enfrentar desde dos direcciones a las fuerzas expedicionarias, en tanto el general Ortiz estaba listo a salir hacia allí si se necesitaban refuerzos.

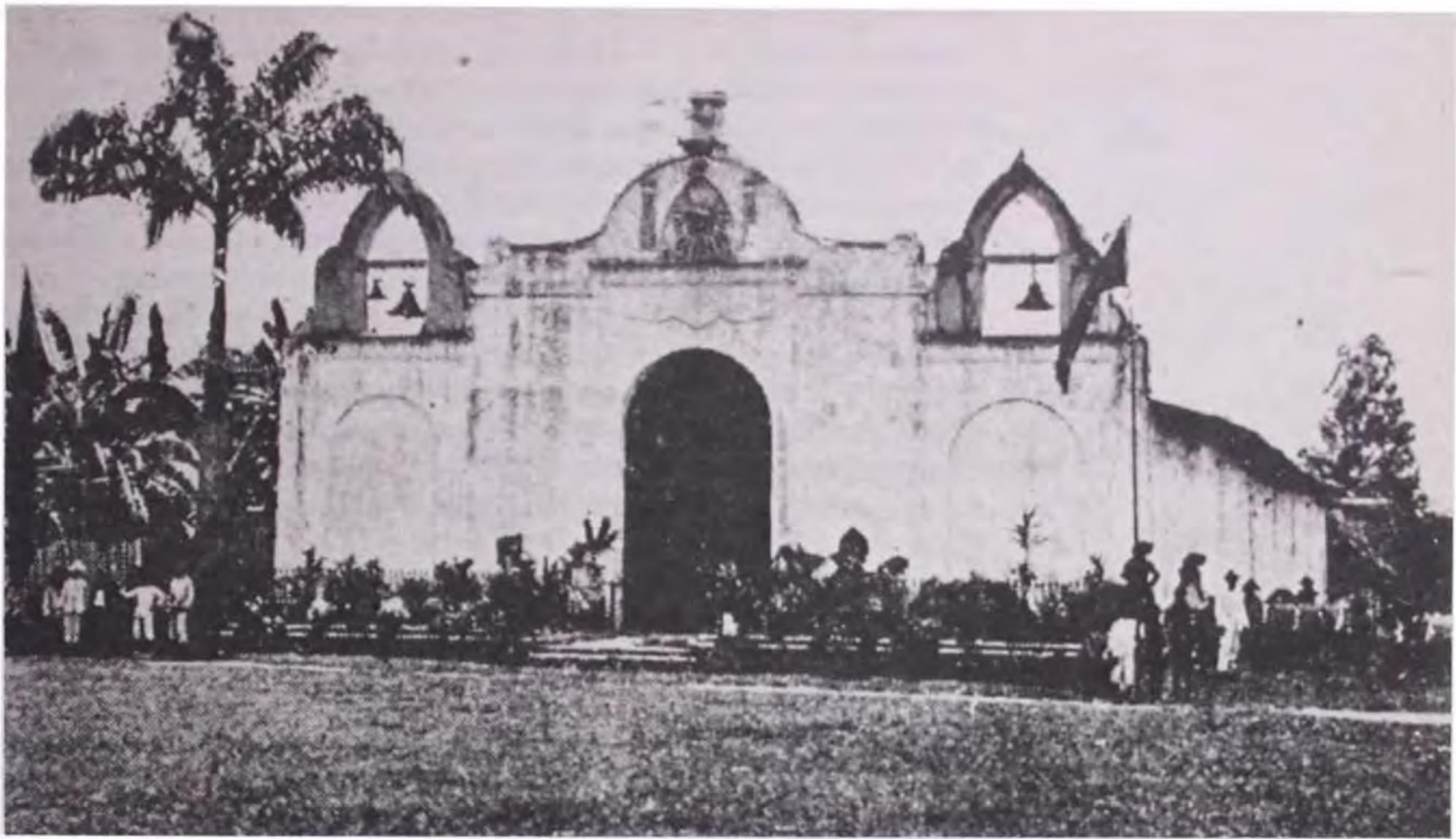
El 14 de enero el general García salió de Bogotá hacia el norte de Boyacá, donde organizó dos batallones de infantería: el Albán y el Chita. Como unidad de reconocimiento, decidió llevar consigo el batallón Soubllette, del ejército regular ⁶⁹. En Casanare, voluntarios liberales ya habían organizado unidades

⁶⁶ El Diario Nacional, 19 de diciembre de 1916.

⁶⁷ Telegrama de Combariza a Abadía Méndez, 8 de enero de 1917, en *Exposición...*, pág. 20.

⁶⁸ *Exposición...*, pág. 8.

⁶⁹ Jesús García R., "Informe a los ministros de Gobierno y de Guerra, 1o. de junio de 1917" (en adelante citado como IMG), en *Exposición...*, pág. 41.



La Capilla de la ciudad de Arauca (Cromos, Bogotá, vol. 3, núm. 50, ene. 20, 1917).

de caballería para rechazar en nombre del partido, las acciones de Humberto. Algunos de estos voluntarios salieron de la localidad de Moreno con el general liberal Manuel José Nieto y llegaron el 13 de enero a Tame, donde formaron la unidad de caballería El Libertador. El 21 de enero el general conservador Suárez se les sumó con setenta jinetes equipados con la ayuda del prefecto de Nunchía, general Benjamín Perdomo⁷⁰. En Arauca, los mayordomos de los hatos más grandes: Guaratarito, La Pastora y La Bendición, habían armado a sus llaneros para resistir las incursiones de los forajidos⁷¹. Con los tres batallones que había alistado en Boyacá, marchó cordillera abajo, hacia los llanos, por el camino de Chita. Al llegar a Tame se enteró de que una escaramuza había ocurrido ya, en La Bendición, entre fuerzas leales y los seguidores de Humberto⁷². Al parecer, éste había enviado a Andrés Franco y otros diez hombres a que tomaran algunos caballos de dicho hato. Al llegar los forajidos a La Bendición, se toparon con sesenta llaneros al mando de Benjamín Ramírez, quienes los repelieron, matando tres. Los sobrevivientes huyeron a Arauca, en la creencia de que se habían enfrentado con soldados procedentes de Bogotá. La equivocada apreciación probablemente apresuró la desintegración del ejército de Humberto⁷³. García encomió la acción de Ramírez e incorporó sus llaneros a la desde ahora heterogénea expedición. Inició la marcha de Tame hacia Arauca sin saber que Gómez y su estado mayor habían escapado ya a Guasdalito, donde fueron hechos prisioneros el 8 de febrero. Cuando el general entró en Arauca, el día 9, se encontró tan sólo con una aldea desolada, edificaciones en ruinas y una plaza llena de animales muertos, papeles quemados y ropas ensangrentadas⁷⁴.

Una vez vencido el enemigo, García procedió a restablecer la autoridad en la comisaría. Ante todo, se encaminó a El Amparo a garantizar a las autoridades venezolanas que su deseo no era otro que mantener relaciones cordiales, y a instar a los refugiados colombianos a regresar a la patria. Para cercar a los

⁷⁰ Manuel José Nieto al director de El Diario Nacional, Tame, 20 de mayo de 1917, en El Diario Nacional, 2 de agosto de 1917.

⁷¹ Entrevista a Zoilo Escallón, El Nuevo Tiempo, 31 de mayo de 1917.

⁷² García sitúa el combate en La Pastora, pero otros informes señalan que tuvo lugar en La Bendición. Véanse El Diario Nacional, 9 de febrero de 1917, y El Nuevo Tiempo, 31 de mayo de 1917.

⁷³ Entrevista a Zoilo Escallón, El Nuevo Tiempo, 31 de mayo de 1917.

⁷⁴ "Informe del jefe civil y militar, julio de 1917" (en adelante citado como IJCM), en *Exposición...*, pág. 30.

forajidos que aún se hallaban libres en los llanos, eligió al general Molano Briceño, araucano liberal y antiguo juez, a quien Humberto había encarcelado unos días. Molano Briceño reclutó treinta y cuatro de los jinetes que se encontraban al mando de Benjamín Ramírez, ya que estaban familiarizados con el territorio que iban a registrar. El grupo salió el 12 de febrero a rastrear los fugitivos a lo largo del río Arauca hasta El Viento. A principios de marzo regresaron con sus prisioneros, rodeados de rumores de que habían masacrado a hombres inocentes. Molano Briceño disolvió inmediatamente el grupo pero, infortunadamente para él, una de las supuestas víctimas era un venezolano cuyos parientes presentaron la denuncia ante el cónsul de Venezuela, quien, a su vez, exigió una investigación. Ante la insistencia venezolana, el ministro de Guerra, Salvador Franco, envió una comisión especial del estado mayor del ejército para analizar el incidente. La comisión permaneció diecinueve días en Arauca, y con fundamento en su investigación exculpó al general Molano Briceño ⁷⁵.

Por no haber sido designado en forma debida el juez de circuito, García asumió las facultades de funcionario de instrucción, con el fin de formular los cargos contra los sospechosos de haber colaborado con Humberto. En un lapso de 58 días, oyó más de trescientas declaraciones juradas. Finalmente, acusó de complicidad a cuarenta araucanos, entre los cuales a Atilio d'Anello, cuñado de Humberto ⁷⁶. El 24 de abril, los prisioneros, conducidos por una guardia armada, emprendieron el arduo viaje, primero a través de los llanos y después sobre la cordillera, hasta Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), donde serían juzgados.

El general García nombró a Luis Camejo jefe civil de Arauca y reconstituyó el concejo, con cuyos miembros se reunió para enterarse de los problemas del territorio. Los concejales elaboraron una relación de las necesidades de Arauca, que García incluyó en su informe final a los ministros de Gobierno y de Guerra. Así mismo, emprendió algunas reformas urgentes, como la reorganización de las rentas municipales, con el fin de lograr mayores recursos para salarios y obras públicas ⁷⁷.

El 17 de marzo, Concha levantó el estado de sitio en Nunchía y Orocué. Casi simultáneamente, García ordenó a la policía nacional y a una parte del cuerpo expedicionario regresar a Tunja. Un mes más tarde, partió él con el resto de sus tropas, después de entregar el mando al nuevo comisario, Aristides Novoa. El general Rojas Robayo quedó encargado de guardar la paz con 250 policías de frontera. Mientras el ministro de Relaciones Exteriores continuaba regateando con Venezuela la extradición de Humberto y cincuenta y seis de sus compañeros, el 30 de abril puso término Concha al estado de sitio en Arauca ⁷⁸.

Desde el punto de vista del gobierno nacional, la insurrección parecía haberse terminado; por consiguiente, la frontera podía ser olvidada de nuevo. Sin embargo, la llegada de los prisioneros a Santa Rosa, el 19 de mayo, prontamente desvaneció tal esperanza. Proclamando su inocencia y acusando al gobierno de atrocidades mayores que las de Humberto, encontraron el oído complaciente de G. Pérez Sarmiento, reportero del principal periódico liberal de Bogotá, El Diario Nacional. Los despachos de Pérez Sarmiento telegrafados desde la prisión de Santa Rosa transformaron la rebelión de Gómez en el "*affaire Arauca*".

⁷⁵ García, IMGG, pág. 47.

⁷⁶ García, IJCM, pág. 32.

⁷⁷ *Ibid*, pág. 36.

⁷⁸ *Exposición...*, pág. 11.

Inclusive antes del 19 de mayo, la prensa había seguido los episodios de la insurrección con una asiduidad que contrastaba con su indiferencia ante el incidente de Pérez Delgado, el año anterior. La muerte de Escallón y la osadía de Humberto atrajeron la atención del público. Artículos sobre las víctimas de Humberto, entrevistas a exfuncionarios araucanos, telegramas, declaraciones oficiales y fotografías llenaban los periódicos, en tanto los editoriales expresaban los diversos puntos de vista políticos⁷⁹. El Nuevo Tiempo, fiel partidario de Concha, declaraba que los depravados criminales de Arauca merecían inflexible castigo. Gómez no era ningún Pancho Villa colombiano. Era un bandido que sólo entendía la ley de una fuerza superior. El Nuevo Tiempo dio la bienvenida a la declaración del estado de sitio el 9 de enero y respaldó con entusiasmo la designación del general García como comandante en jefe⁸⁰. Desde su posición de diario conservador moderado, restó importancia a la participación liberal en el levantamiento. En Tunja, por otra parte, el aguerrido periódico La Unión Conservadora se regocijó en publicar los apartes políticos de la *Proclamación* de Gómez del 4 de enero, y acusó a Enrique Santos, jefe del partido liberal en Boyacá, de provocar la actuación de Humberto mediante los irresponsables editoriales de La Linterna⁸¹.

La prensa liberal — El Diario Nacional, El Espectador, El Tiempo y Gil Blas — criticaba la respuesta del gobierno a la crisis⁸². Sin dejar de admitir que Gómez era un bandido, interpretaba su acción como una protesta, hasta cierto punto justificada, contra tantos años de corrupción oficial y de abandono en los llanos. Gil Blas publicaba poemas satíricos que pintaban a Gómez como un Quijote llanero y caricaturizaban a los policías del general Correal como “patojos”, como “héroes” que “llegarían a su destino después que hasta el recuerdo de Humberto se hubiera desvanecido”⁸³. Los editoriales de Olaya Herrera en El Diario Nacional instaban a Concha a explicar varias de sus decisiones. ¿Era necesario el estado de sitio? ¿Por qué se habían enviado dos expediciones? ¿No resultaba, ciertamente, preocupante que, mientras Venezuela conducía sus tropas a la frontera en menos de una semana, Colombia necesitara cuarenta y cinco días para llevar soldados a Arauca? ⁸⁴ Tan importante como estas preguntas venía a ser que tampoco Olaya Herrera mostrara verdadero conocimiento de la situación de Arauca, ni auténtica voluntad de demandar soluciones para los problemas del territorio. Desde el punto de vista de los intelectuales de Bogotá, los llanos seguían siendo la remota, misteriosa y exótica tierra cuya existencia desconcertaba a la gente del interior. Ilustrativas de esta actitud son las descripciones que los periodistas hicieron de los policías del general Correal, al partir para Arauca y al regresar a Tunja, tres meses después. El 11 de enero, decía El Diario Nacional:

*Ayer los vimos por última vez por las calles con sus vestidos de dril claro y sus chinchorros bajo el brazo. Habían oído hablar de Arauca como de algo lejano y terrible, y van como iban los viejos colonos a combatir, hace siglos, las hordas salvajes de don Lope de Aguirre, que hoy se llama Humberto Gómez*⁸⁵.

En La Linterna, Enrique Santos describió el lastimoso aspecto de la policía tras su larga y durísima prueba en los llanos, expresando simpatía hacia “esa pobre gente, lanzada contra su voluntad a cumplir con un deber que no comprenden, en nuestras desconocidas e irrisorias líneas fronterizas”.

Vienen lívidos, enflaquecidos; traen casi todas las ropas en jirones y en el rostro impresa la huella de los desencantos definitivos [...] En

⁷⁹ Tres fotografías poco corrientes aparecieron en El Trabajo del 14 de abril de 1917. Tomadas a mediados de enero en Arauca, muestran a Humberto en uniforme militar, como jefe supremo de Arauca; a Eloy Sánchez, segundo en el mando; a los hombres de Gómez desfilando por la plaza de Arauca.

⁸⁰ El Nuevo Tiempo, 13 de enero de 1917.

⁸¹ La Unión Conservadora, 23 de febrero de 1917.

⁸² Infortunadamente, los números de La Linterna correspondientes al año 1917 faltan en la colección de la Biblioteca Nacional de Bogotá, y tampoco fue posible consultarlos en Tunja. Algunos de los editoriales de Santos fueron reproducidos en los periódicos liberales de Bogotá. Una compilación de sus escritos (*Danza de las horas*, Bogotá, 1969) incluye artículos de 1917.

⁸³ Gil Blas, 11 de febrero y 23 de enero de 1917.

⁸⁴ El Diario Nacional, 9, 10 y 12 de enero, 6 de febrero y 22 de marzo de 1917.

⁸⁵ El Diario Nacional, 11 de enero de 1917.

otro país menos amable que el nuestro, los fieros guerreros enviados a la persecución de una cuadrilla de malhechores regresarían, tintos en sangre, arrastrando, cargados de cadenas, a los facinerosos, y custodiando el botín rescatado. En Colombia, que es la tierra de las cosas singulares, las tropas regresan sin más heridas que las imperceptibles causadas por los mosquitos, y en cada mano una jaula con pajaritos para la casa. Eso, dejémonos de discusiones, habla muy bien de la dulzura de nuestro modo de ser pero no dice mucho de nuestra organización militar ⁸⁶.

A fines de mayo, los despachos de Pérez Sarmiento infundieron un nuevo estilo a la información periodística sobre Arauca. Por primera vez los llaneros autóctonos podían dar a conocer en detalle su propio punto de vista. Sus testimonios despertaron el más genuino interés por la región fronteriza, al mostrar que no era la insurrección sino el modo de conducirse la expedición del gobierno lo que debía motivar el escándalo nacional.

Para empezar, Atilio d'Anello, Francisco Vitta, Saturnino Buena y otros prisioneros proclamaron su inocencia. Sostuvieron que García había rebasado sus facultades como funcionario de instrucción al someterlos a juicio. Puesto que no habían ayudado a Humberto, no podía existir prueba alguna contra ellos ⁸⁷. En su afán por encontrar chivos expiatorios, el general encerraba a cualquier persona, sin importarle que no fuese culpable de complicidad. Flagrantes irregularidades habían viciado la acusación. El doctor Emeterio Silva, secretario de García, encargado de redactar la formulación de cargos, había pedido dinero a los parientes de los falsamente acusados, garantizándoles que se desistiría de la acusación ⁸⁸. Después de detenerlos, García había denegado a los prisioneros el derecho de fianza, con espurias razones, aun cuando los abogados habían presentado los correspondientes recursos ⁸⁹.

⁸⁶ La Lanterna, 27 de marzo de 1917. Reproducido en Santos, *op. cit.*, págs. 148-150.

⁸⁷ Entrevista a Atilio d'Anello, El Diario Nacional, 25 de mayo de 1917.

⁸⁸ Entrevista a Atilio d'Anello, El Diario Nacional, 28 de mayo de 1917.

⁸⁹ Alejandro Díaz al director de El Diario Nacional, Arauca, 26 de julio de 1917, en El Diario Nacional, 7 de septiembre de 1917.

Señalado con el número 1 Luis Camejo, entre grupo de dirigentes de la región. Fotografía tomada en El Amparo (Cromos, Bogotá, vol. 3, núm. 68, jun. 2, 1917).



D'Anello, Vitta y Buena presentaron pruebas de que los oficiales expedicionarios habían sometido a exacción, en dinero, caballos y aperos, a ciudadanos respetuosos de la ley, pero sus más irrecusables testimonios se referían a las atrocidades cometidas por los hombres del general Molano Briceño durante la búsqueda de bandidos ocultos en las sabanas ⁹⁰. Testigos oculares declararon bajo juramento que en Guaratarito, Las Delicias, Cabuyares, Villa Nueva y El Yopal el escuadrón del gobierno había ejecutado brutalmente a diecisiete hombres inocentes. En Cabuyares, sin ninguna razón, los soldados dispararon contra un peón en presencia de su mujer, quien, enloquecida por la pena, huyó a la selva, dejando abandonados a sus hijos. En Las Delicias, tras amarrar a Manuel Perrera, "lo asesinaron bárbaramente". Después que Pérez Puerto intentara huir, lo mutilaron, lo acribillaron a tiros y dejaron abandonado su cadáver para que lo devoraran los buitres. Los más terribles asesinatos ocurrieron en Villa Nueva. De acuerdo con un testimonio, los hombres de Molano Briceño ataron a un árbol a los venezolanos Luis Cobos y Francisco Ramírez y lentamente los desmembraron a machetazos.

No pronunció [Cobos] un solo grito cuando de un machetazo bárbaro le cortaron un brazo. Después le cortaron el otro y luego las piernas. Enfurecidos como chacales por la sangre, sus verdugos redoblaron sus golpes prolongando su agonía, hasta que por fin uno de ellos, acaso el menos cruel, de un solo machetazo le separó la cabeza del tronco. Ramírez, tranquilo, esperaba la muerte con heroísmo inmenso... Se repitió la escena que se había llevado a cabo con Cobos. Los cuerpos ensangrentados, cuando concluyó el suplicio, fueron arrojados al río Arauca ⁹¹.

Con estos pormenores, aparecidos bajo el apropiado título de "Crímenes espeluznantes", Pérez Sarmiento lanzaba otra bomba: también la policía

⁹⁰ El siguiente relato fue extraído de artículos aparecidos en El Diario Nacional el 29 de mayo, el 19 de julio y el 19 de octubre de 1917.

⁹¹ El Diario Nacional, 18 de julio de 1917. Valentin Hidalgo describió la ejecución al juez, en Santa Rosa.

En el centro aparece el General Urdaneta con algunos de los miembros de su ejército y llaneros acusados de complicidad, fotografía tomada en la cárcel de Santa Rosa (Cromos, Bogotá, vol. 3, núm. 68, jun. 2, 1917).



nacional había cometido crímenes. Por confesión del propio general Correal, veinticuatro agentes habían sido encarcelados, al regresar de Arauca, por tahurería, embriaguez e insubordinación. Pérez Sarmiento reconocía que estos cargos no eran tan graves como los presentados contra los hombres de Molano Briceño, pero sí lo suficientemente serios como para replantear el tema de la negativa del gobierno a confiar en el ejército regular. Insistía en que la expedición de "castigo" no sólo era culpable de inmoralidad y falta de disciplina, sino que también había sido costosa. El general García había necesitado un estado mayor de diez generales para mandar mil hombres. Era del todo posible que el gobierno hubiera gastado más de 150.000 pesos en la operación ⁹².

Los periódicos liberales de toda Colombia pusieron el grito en el cielo. Expresando preocupación por los prisioneros de Santa Rosa y horror ante los crímenes, exigieron una investigación oficial. El Fiscal, del Socorro, escribió: "Bien que en los responsables de los lamentables acontecimientos que segaron la existencia del general Escallón y compañeros se ejerzan las sanciones a que se hicieron acreedores; pero que con el carácter de represalias se sacrifiquen víctimas inocentes, es imperdonable" ⁹³. El Universal, de Barranquilla, advertía que si el gobierno no investigaba y castigaba a los culpables "se le identificaría con estos salvajes crímenes perpetrados, no por malhechores, sino por un cuerpo organizado de agentes militares en un país que se autoproclama cristiano y civilizado" ⁹⁴. La intensidad del clamor público obligó al presidente Concha a anunciar que había ordenado al procurador general de la nación que investigara las acusaciones ⁹⁵.

La investigación se prolongó hasta septiembre. Mientras El Diario Nacional publicaba nuevas denuncias contra las tropas del gobierno, Enrique Olaya Herrera cabildeaba para convencer a la Cámara de Representantes de que abriera su propia investigación. Por fin, el 10. de agosto, la Cámara acordó nombrar una comisión investigadora y solicitar que los ministros de Guerra y de Gobierno comparecieran ante los representantes a testimoniar ⁹⁶ cuando, a fines de julio, el tribunal de Santa Rosa liberó incondicionalmente a los prisioneros, la campaña cobró impulso ⁹⁷. D'Anello y Buena viajaron a Bogotá a ampliar sus declaraciones anteriores. Finalmente, en los últimos días de agosto, el tribunal de circuito de Arauca acusó al general Molano Briceño y comenzó a preparar un proceso contra él ⁹⁸.

Igualmente activos se mostraron los defensores del gobierno. El general García presentó sendos informes, en junio y julio, a los ministros de Guerra y de Gobierno, y respondió directamente los cargos de D'Anello en cartas que publicó El Nuevo Tiempo. Concha emitió una *Exposición* especial, en la que explicaba sus determinaciones y reproducía los documentos pertinentes, así como los informes de García. Los ministros de Guerra, de Gobierno y de Relaciones Exteriores, en sus informes anuales de julio de 1917, trataron con todo detalle el tema de Arauca, y el 8 de septiembre, Abadía Méndez y Franco hablaron ante la cámara de representantes. El Nuevo Tiempo y otros periódicos conservadores publicaron cartas de oficiales expedicionarios, en las que justificaban su conducta. La argumentación del gobierno puede resumirse así:

El general García rechazó la afirmación de los prisioneros de que habían sido encarcelados injustamente. Como jefe civil y militar, había ejercido legalmente las facultades de juez investigador y había recibido declaraciones juradas de muchas personas. Ningún interés político había influido en sus actuaciones,

⁹² El Diario Nacional, 29 de mayo de 1917.

⁹³ Reproducido en El Diario Nacional, 2 de julio de 1917.

⁹⁴ Reproducido en El Diario Nacional, 17 de julio de 1917.

⁹⁵ El 10. de junio de 1917.

⁹⁶ *Anales de la cámara de representantes* (en adelante citados como *Anales*), núm. 6, 8 de agosto de 1917, pág. 22.

⁹⁷ El Diario Nacional, 18 de julio de 1917.

⁹⁸ El Diario Nacional, 19 de octubre de 1917.

apoyadas por los más destacados ciudadanos de Arauca. Sin dignarse a responder la acusación de que su secretario se había dejado sobornar, sostenía que, si en Arauca aún quedaban culpables en libertad, era deber de los prisioneros denunciarlos. Estos no habían sido maltratados en el viaje a Santa Rosa; por el contrario, habían gozado de muchos privilegios ⁹⁹.

En cuanto a la supuesta incautación de animales y dinero, la declaración de García resultó menos consistente. Por diversos conceptos, negó que tal expropiación hubiese ocurrido. Franco, el ministro de Guerra, hizo hincapié en este punto, afirmando que no había tenido conocimiento oficial de acto semejante ¹⁰⁰. Por otra parte, en carta fechada el 21 de julio, García admitió haber tomado reses y dinero de los hatos de los prisioneros, con el fin de disponer de comida para ellos mientras permanecieran encarcelados en Arauca. Esta medida, pensaba, era totalmente equitativa; puesto que ellos se habían beneficiado durante el gobierno de Gómez, debían compartir ahora las consecuencias de su derrota ¹⁰¹. El general Nieto, jefe del estado mayor de García, se defendió de cargos análogos, en carta escrita el 20 de mayo. Admitiendo que, para formar su cuerpo de caballería en Casanare, había requisado caballos, aseguraba, al mismo tiempo, haber extendido recibos por los animales, todos los cuales habían sido devueltos a sus propietarios después de la campaña. El estado de sitio legalizaba tal procedimiento. Nieto respaldó sus afirmaciones con cartas de casanareños que encomiaban su actuación y protestaban de que, tan sólo por una carencia total de patriotismo, hicieran los lianeros tal clase de falsas imputaciones ¹⁰².

García aceptaba que Molano Briceño había consumado algunas ejecuciones, pero encontraba tan confusas las declaraciones de los prisioneros, que únicamente con otra investigación se podría establecer la verdad de los hechos.

En algunos casos, las autoridades locales decían no tener conocimiento de los asesinatos presuntamente perpetrados. En poquísimas ocasiones, todas las víctimas habían estado indiscutiblemente implicadas en la insurrección. El general Molano Briceño no podía saber que los hombres por él escogidos hubiesen sido tan profundamente afectados por los excesos de los forajidos: hombres que habían visto sus hogares destruidos y sus mujeres violadas. Molano Briceño no había ordenado los asesinatos, y hasta más tarde nada supo de ellos. Había licenciado la brigada tan pronto regresó a Arauca, con el fin de evitar nuevos incidentes, "porque en aquellas inmensas sabanas aplican sus habitantes la ley del talió" ¹⁰³. El ministro Franco respaldó la posición de García. Dijo que el general Molano Briceño era un reconocido liberal y leal compañero del general Uribe Uribe. Si se habían cometido atrocidades, el tribunal apropiado castigaría a los responsables. Entre tanto, su ministerio había recibido numerosas cartas de araucanos que aplaudían los esfuerzos del cuerpo expedicionario para librar a los llanos de malhechores ¹⁰⁴.

El ministro de Gobierno, Abadía Méndez, respondió a las quejas contra la policía nacional. El gobierno la había enviado a Arauca, en razón de que era el cuerpo de seguridad más apropiado para enfrentarse a la violencia de tipo delictivo. Cumpliendo órdenes del general García, en el sentido de permanecer en Orocué e impedir la retirada de Humberto a Brasil, los policías llegaron a Arauca necesariamente varios días después de la derrota de éste. Aunque era cierto que algunos agentes habían sido encarcelados a solicitud de García, ningún oficial había sido denunciado. Abadía Méndez no había pedido la

⁹⁹ García, IMGG, pág. 46.

¹⁰⁰ *Anales*, núm. 112, 22 de diciembre de 1917, pág. 465.

¹⁰¹ Carta de García al director de El Nuevo Tiempo, reproducida en El Diario Nacional, 21 de julio de 1917.

¹⁰² Carta de Nieto al director de El Diario Nacional, Tame, 20 de mayo de 1917, en El Diario Nacional, 2 de agosto de 1917.

¹⁰³ García, IMGG, pág. 40.

¹⁰⁴ *Anales*, núm. 112, 22 de diciembre de 1917, pág. 465.



Izquierda y derecha: Salida de las fuerzas policíacas de Arauca, quienes van en busca de los insurrectos dirigidos por Humberto Gómez (Cromos, Bogotá, vol. 3, núm. 50, ene. 20, 1917).

dimisión de Correal, por haber recibido numerosos telegramas en su favor. Y concluía que, lejos de dar fe de falta de disciplina, la detención de policías demostraba que ni la más leve falta quedaría impune ¹⁰⁵.

Tanto Franco como Concha justificaron la decisión final de enviar un cuerpo de voluntarios en vez del ejército permanente. Era indudable que el ambiente tropical, las dificultades de transporte, la escasez de caballos y equipo, obstaculizarían grandemente la acción del ejército regular. Jesús García era un general perteneciente al escalafón de las fuerzas armadas, un valiente oficial familiarizado con las llanuras. No había participado en el ascenso de los oficiales incorporados a su estado mayor, pero se esforzó en que fuesen escogidos por igual conservadores y liberales. Concha fijó el costo de la operación en \$ 107.061,90 (\$ 46.888,67 para la expedición de García y \$ 60.173,23 para la de Correal) ¹⁰⁶. Declaró que sólo se habían tomado las medidas militares indispensables, las cuales habían probado ser las adecuadas para restablecer el orden. Completamente de acuerdo con esto, el ministro Franco sacó la conclusión de que, habiendo salvado tantos escollos, las fuerzas expedicionarias no merecían censuras sino reconocimiento ¹⁰⁷.

Los informes de García y las declaraciones de Concha, Franco y Abadía Méndez tenían bastante peso, en vista de lo cual el procurador terminó por exonerar de culpa al gobierno ¹⁰⁸. Después que Franco y Abadía Méndez hubieron testimoniado ante la cámara de representantes, el 8 de septiembre, Olaya Herrera hizo un último esfuerzo por mantener vivo el *affaire*. En un largo discurso, recapituló el caso desde el punto de vista de la oposición, enumerando las inconsistencias de la defensa. Gómez había podido tomarse a

¹⁰⁵ Actas de la cámara de representantes, registradas por El Nuevo Tiempo, 9 de septiembre de 1917.

¹⁰⁶ *Exposición...*, págs. 12-13.

¹⁰⁷ *Anales*, núm. 112, 22 de diciembre de 1917, pág. 465.

¹⁰⁸ El *affaire* Arauca no afectó la carrera del general García. Mediante decreto ejecutivo de 16 de septiembre de 1918, se le nombró gobernador de Boyacá, cargo que desempeñó hasta 1922.



Arauca gracias a la negligencia del gobierno nacional. La negativa de Concha a enviar el ejército regular significaba la confesión de su incapacidad para preservar la seguridad interior. Los hombres de García eran culpables de graves actos de mala conducta. Más de veinte personas habían atestiguado bajo juramento acerca de los crímenes cometidos en Arauca. El tribunal de Santa Rosa había confirmado la desestimación de la causa contra cuarenta individuos acusados injustamente por el general. Calificando de inaceptables las explicaciones de Franco y Abadía, Olaya propuso que se aprobara una nueva resolución para que la cámara prosiguiera investigando al ministerio de Guerra y demandara al ministro de Gobierno informar sobre qué medidas se habían tomado para evitar la repetición de atrocidades ¹⁰⁹.

El representante Montoya Arbeláez, miembro de la mayoría conservadora, hizo uso de la palabra para rebatir el discurso de Olaya. Los ministros —sostuvo— habían cumplido con sus deberes constitucionales. Los prisioneros no habían recibido maltratados y la conducta del general García había sido irreprochable. El hecho de que el ejército permanente no fuese apto para enfrentar la guerra de guerrillas, era culpa de la misión chilena que lo había reorganizado según el modelo europeo. Las tropas voluntarias de García se ajustaban perfectamente a la geografía de los llanos y a la índole y estirpe de los llaneros. El propio Olaya había reclutado en las calles de Bogotá una fuerza por el estilo, para combatir a los peruanos en La Pedrera, cuando era ministro de Relaciones Exteriores en 1911. Montoya insistió en que el gobierno no había descuidado la frontera y en que era negociando activamente los tratados como se definirían las fronteras de la región. Después de la insurrección, Concha había restablecido en Arauca el orden y la totalidad de las garantías

¹⁰⁹ El Diario Nacional, 10 de septiembre de 1917.

ciudadanas. Instando a derrotar la resolución propuesta por Olaya, Montoya se quejó: "Estoy cansado de oír tantas incriminaciones infundadas contra el gobierno" ¹¹⁰. La mayoría de la asamblea compartía su cansancio. Y la clamorosa mayoría votó en contra del proyecto.

El "affaire Arauca" había terminado. La edición del 21 de septiembre de El Diario Nacional publicó, sin otro comentario que el título "Epílogo y sumario", la ley 3 del 15 de septiembre de 1917, que asignaba al presupuesto del ministerio de Guerra la adición de 270.000 pesos, destinados a cubrir el costo de la expedición de García ¹¹¹. Habiendo fracasado en su intento de unir a los liberales alrededor de la reforma del ejército y de la salvaguardia de la frontera, Olaya Herrera dejó de ocuparse en Arauca y se dedicó a otros asuntos. De igual modo, para el gobierno nacional Arauca ya no era problema. El 20 de julio de 1917, una ceremonia celebrada en Caracas puso en vigor el largamente esperado tratado de límites, y el presidente Gómez confirió a Concha la Orden del Libertador, en primer grado ¹¹². En marzo de 1918, Venezuela concedió la extradición de Humberto y cincuenta de sus compañeros; sin embargo, si alguna vez llegaron a Colombia sigue siendo un misterio. Después de esa fecha, no aparece mención alguna de Gómez, ni en los documentos oficiales ni en los periódicos. Una minuciosa búsqueda en el archivo del tribunal superior de Santa Rosa no reveló indicio alguno de que el proceso se hubiese celebrado ¹¹³. El silencio de la prensa en lo concerniente a Arauca, después de septiembre de 1917, corrobora la profecía del director de Correo Liberal, de Medellín, al enterarse de la liberación de los prisioneros de Santa Rosa:

¹¹⁰ Anales, núm. 112, 22 de diciembre de 1917, pag. 465.

¹¹¹ El Diario Nacional, 21 de septiembre de 1917.

¹¹² Pedro Antonio Molina, MMRE, 20 de julio de 1918, págs. 75-76.

¹¹³ *Ibid.* En entrevista con la autora, el señor Rogerio Guáqueta G., antiguo cónsul colombiano e intendente de Arauca, manifestó que Humberto reivindicó su condición legal de ciudadano venezolano, tanto como la de colombiano, razón por la cual nunca fue entregado a las autoridades colombianas. Vivió en Venezuela hasta la prescripción de sus delitos. Regresó entonces a Cúcuta, donde murió en el decenio de 1950.

Puente sobre el río Cravo, importante obra que facilitó el paso de ganado procedente de los llanos hacia los Andes, inaugurado después de los sucesos de Arauca (El Gráfico, Bogotá, vol. 7, núm. 348, may. 19, 1917).



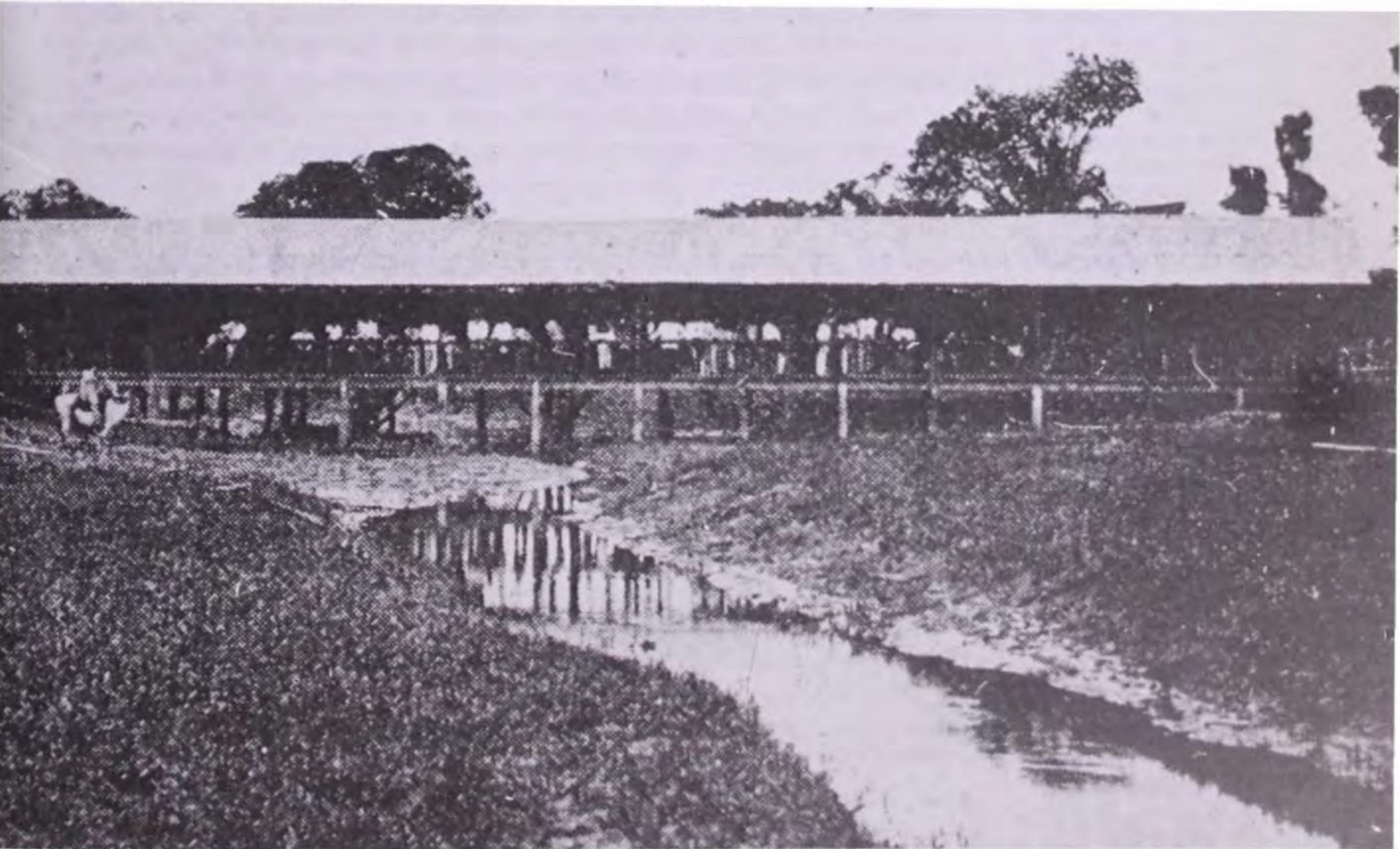
De seguro que del asunto nada se volverá a hablar. Las cosas en Colombia se sacuden con la misma monotonía y en las mismas circunstancias que cuando un objeto cae sobre la quietud del agua dormida. Se agitan, llegan las ondas concéntricas a las orillas, y allí todo movimiento muere y la superficie lisa y glacial de este muerto estanque sigue monótonamente triste, reflejando sólo nuestra inercia, y la poquedad de nuestro espíritu para la vida ciudadana ¹¹⁴.

En los llanos, no resultaba tan fácil borrar los efectos del “*affaire Arauca*”: destrucción material, daños en la propiedad y el legado de miedo dejado por las fechorías de los forajidos de Humberto. Los crueles asesinatos perpetrados por los hombres del general Molano Briceño presagiaban los horrores de la violencia de los decenios de 1940 y 1950. Los araucanos tuvieron renovado conocimiento de la arrogancia de los *guates*, o gente del interior, pero su mayor desilusión fue el fracaso del *affaire* para estimular cambios en la administración fronteriza.

A lo largo de 1917, los periódicos de Bogotá y Tunja expresaron la esperanza de que la “*humbertera*” despertara al gobierno de su letargo. “¿Por qué Casanare ha de ser un cadáver —preguntaba J. M. Salazar Alvarez en mayo de 1917—, cuando cuenta con mayores ventajas que muchas otras regiones colombianas? Necesitamos vías, capitales, inmigrantes y misioneros. Necesitamos libertad de navegación por el Orinoco, rectitud de los gobernantes para administrar justicia, así como una fuerte guarnición”. Y advertía: “Humberto Gómez tenía un ideal que era más que venganza, y pudo haber conquistado

¹¹⁴ Reproducido en El Diario Nacional, 27 de julio de 1917.

Puente en la ciudad de Arauca (Cromos, Bogotá, vol. 3, núm. 50, ene. 20, 1917).



una extensa parte de los llanos. Si el gobierno no toma medidas, un día va a llevarse una sorpresa”¹¹⁵.

Los propios araucanos intentaron, sin mucho éxito, emprender reformas. En octubre de 1917 el comisario, Aristides Novoa, anunció la reunión de un “congreso de llaneros” que elaboraría un código especial, adaptado a las necesidades de los llanos. Mediante telegramas con el esbozo del plan, pretendió encontrar eco en los funcionarios nacionales¹¹⁶. En febrero de 1918, los delegados se reunieron en Arauca y redactaron el código, utilizando como modelo la ley de los llanos venezolanos. Cuando Novoa presentó el proyecto al Congreso, no fue aprobado¹¹⁷.

En las elecciones presidenciales de 1918, los votantes de Arauca y Casanare apoyaron a Guillermo Valencia, candidato conservador disidente, contra el candidato oficial, Marco Fidel Suárez. Valencia logró ganarse el respaldo de los llaneros, tradicionalmente liberales, con la publicación de una carta a Carlos J. Durán, en enero de 1918, en la cual se comprometía a dar trato preferente a los llanos. Valencia estaba en favor de una legislación especial que fomentara la seguridad, la construcción de vías y la asistencia médica¹¹⁸. Este programa obtuvo la mayoría de la votación llanera, pero en el resto de la nación quedó en segundo lugar. En Casanare y Arauca el recuento dio 780 votos por Valencia frente a 172 por Suárez, mientras que los resultados nacionales indicaban 166.598 por Valencia frente a 216.545 por Suárez¹¹⁹.

El gobierno nacional ni estimuló los esfuerzos locales ni tomó la iniciativa de emprender reformas. No dio paso alguno para terminar la vía del Sarare ni para reactivar el comercio de plumas de garza. La producción ganadera decrecía de modo constante, a causa de las enfermedades, el sacrificio en masa de hembras y los elevados costos del transporte. Los funcionarios asignados a los llanos eran, ahora como siempre, corruptos e incapaces. En Arauca, al cuerpo de policía, ligeramente reforzado, lo aventajaban los bandidos, los cuatrerros y los supuestos revolucionarios, si bien ninguno había osado tomarse de nuevo la población. Inclusive, perduraba la desavenencia entre el comisario y el comandante de la guarnición¹²⁰.

La lamentable suerte del telégrafo de Arauca ilustra los defectos de la política nacional respecto a la región fronteriza. Aunque el tendido de la línea se había iniciado en 1913, tan sólo en marzo de 1917 se intensificaron los trabajos, cuando la insurrección puso al descubierto la necesidad de comunicaciones rápidas con Arauca. La línea se completó en julio de 1917, al precio de seiscientas vidas y 50.000 pesos, y el primer telegrama enviado por el comisario Novoa al presidente Concha expresó la honda gratitud de los llaneros por esta “fuerza redentora” para Casanare¹²¹.

Pocas semanas después, el recién inaugurado servicio se interrumpió. Una inspección de la línea reveló que la inferior calidad de los postes usados por el contratista hacía necesario reemplazarlos. Además, puesto que él había tendido la línea a través de siete leguas de densa selva, constantemente el viento derribaba árboles sobre el alambre. La insuficiencia de fondos restringía la contratación de patrullas que localizaran las roturas y las repararan. De ese modo, el servicio telegráfico se interrumpía frecuentemente, hasta por veinte días¹²². Pese a las reiteradas súplicas de los comisarios, el gobierno se negó a

¹¹⁵ Carta de J.M. Salazar al director de El Tiempo, Los Llanos, mayo de 1917, en El Tiempo, 11 de junio de 1917.

¹¹⁶ El Trabajo, 21 de octubre de 1917. Véase también Archivo del Congreso, cámara VII, 1917, folio 235.

¹¹⁷ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1919, t. II, pág. 267.

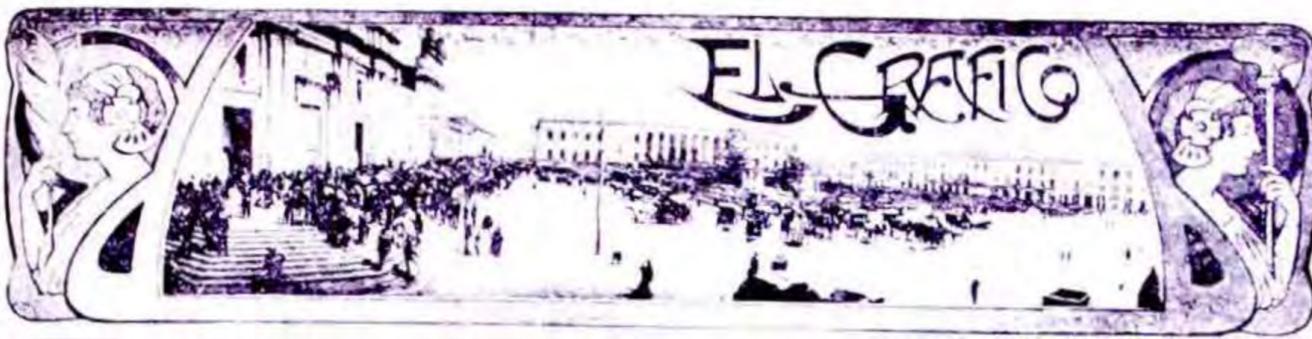
¹¹⁸ Carta de Valencia a Carlos J. Durán, enero de 1918, en La Linterna, 18 de enero de 1918.
¹¹⁹ La Unión Conservadora, 22 de marzo de 1918.

¹¹⁹ La Unión Conservadora, 22 de marzo de 1918; Henao y Arrubla, *op. cit.*, pág. 842. Un tercer candidato, José María Lombana, inscrito como radical, obtuvo 71 votos en los llanos y 24.041 en toda la nación.

¹²⁰ El Nuevo Tiempo, 22 y 24 de julio de 1917.

¹²¹ Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1919, t. II, pág. 265.

¹²² Informe del comisario especial de Arauca, en MMG, 1929, págs. 226-231.



1917

UNA HISTORIA DE BANDOLERISMO EN EL SIGLO XX.

El año colombiano se ha inaugurado con una aventura trágica. El levantamiento en armas en los llanos de Arauca de una banda de foragidos comandados por un individuo a quien no aureola el romántico prestigio del bandolerismo a lo Vampa, nos sugiere la idea de que la nación que en manos de los Libertadores fue a manera de bloque de tierra húmeda, dista mucho de ser hoy

la estatua llena de reposo y vida

en la que el escultor pusiera un hábito de genio.

Hace un siglo, después del combate de Achaguas, un mitológico centauro, en represalia de haber los realistas dado muerte a uno de sus capitanes, hizo degollar al jefe de las fuerzas del Apure, guardado hasta entonces en rehenes, y «freír en sebo» su cabeza. El telégrafo comunica que los bandidos de Humberto Gómez «jugaron al bolo», en la plaza de Arauca, con la cabeza de uno de los desgraciados defensores de la población. Durante cien años no se ha hecho un solo esfuerzo para acercar a la capital aquellas distantes comarcas; y es caso extraordinario cómo los soldados que el Gobierno envía a debelar a Gómez —en cuyo tosco cerebro bulle quizás la ambición de un Lope de Aguirre— tendrán que repetir las proezas y sufrir las penalidades de las huestes de Santander en la memorable campaña del Llano, sin que un siglo de progreso universal haya sido bastante a que en aquel vasto sector del territorio nacional se abriese un camino, ni se tendiese un puente, ni se colocase un poste telegráfico. Es el mismo vertiginoso panorama de los tiempos de Páez, en donde entre cielo y tierra el soldado llanero enpuñando la araucana lanza de quince pies de largo, cruza la pampa infinita, libre como el viento que sacude las crines de su caballo, aligerado el corazón de todo yugo moral que las ciudades imponen y limpio el cerebro de todo prejuicio de civilización o de progreso. Así el moderno soldado de Gómez.

En la desatentada aventura de aquel bandido colombiano, nos corresponde una triste originalidad. En el primer cuarto del siglo XX no existe sobre la costra del planeta otro escenario, fuera del de Arauca, en donde pueda representarse un drama de caracteres tan bárbaros y exóticos como el que presentimos se desarrolla en los actuales momentos dentro de los patrios linderos. Quizás pueda hallarse algo semejante en las confusas his-

torias de bandolerismo y pillaje en alguna apartada provincia de la China, a donde tampoco alcanzó la secular influencia de varias generaciones de Hijos del Cielo.

Gómez y su cuadrilla—como el rebelde mandarín y su banda de mongoles—será sometido y quizás debidamente castigado, pero este castigo no implica la solución del problema. La tragedia se repetirá mañana.

La cuestión Arauca es solo una faz del poliedro: pensamos hoy en ella a causa de que Gómez nos la reveló escrita—como los jeroglíficos chibchas—con caracteres de sangre. Mañana la olvidará nuestra indolencia. Pero es la verdad que existen otros problemas de tan imperiosa solución como el de Arauca y en los cuales solo pensamos de tarde en tarde, habituados como estamos a tolerar la enfermedad que nos mina. Solo cuando ella hace súbita explosión y el dolor contrae nuestros músculos, ocurrimos al médico. Luego el dolor cesa; la merca nos invadirá de nuevo. Se diría que tuviésemos algún parentesco con el musulmán.

Mucho se ha hablado acerca de la ineffecta parlamentaria en los últimos años: he ahí una cuestión más honda y más grave que la de Arauca, por hallarse vinculada a un complejo problema social: la educación. Demostrado está que el país no progresa al igual de las repúblicas hermanas; ello obedece a que nosotros nos contentamos con subsistir en tanto que otros pueblos realizan el ideal supremo de vivir. En todas partes la política es considerada como ciencia experimental; en sus lides solo triunfa entre nosotros—por lo general—el más audaz o el mejor apadrinado. En países debidamente constituidos los partidos se combaten con programas definidos de progreso; los nuestros, uno, a lo menos, confunde lamentable y deliberadamente lo divino con lo terreno y como en los tiempos arcaicos de las luchas religiosas lanza el anatema lo mismo sobre enemigos que sobre copartidarios y hace la guerra al grito de «Dios lo quiere!»

Sin pecar de pesimistas, creemos que todo ello es síntoma de honda descomposición del alma nacional, que año tras de año se acentúa, y que como antecedente tiene aquella época de confusión de ideas en que caudillos diferentes combatían al mismo tiempo en nuestro suelo por la federación, por don Fernando VII, por San Francisco de Asís y por la república unitaria.

¿Cómo remediar el mal? La plenitud del tiem-

Así registró "El Gráfico" el problema de Arauca.

reinstalar la línea a través de las sabanas, y todavía en 1929 se informaba de funcionamiento defectuoso ¹²³.

Durante unos cuantos meses de 1917, la actuación desesperada de un caudillo de bandidos concentró la atención de todo el país en la crítica situación de su ignota frontera. En tanto la derrota de Humberto se presentó como un incentivo al honor nacional, al orgullo militar, a la paz civil y a la cooperación colombo-venezolana, Arauca disfrutó de la preocupación de los más hábiles políticos del interior. Una vez eliminada la amenaza, la frontera volvió sigilosamente al olvido. Más de cincuenta años después, Arauca es poco diferente que en los días de Gómez. Un editorial de El Tiempo, en octubre de 1975, observa que, en vísperas de su bicentenario, el poblado sigue sin vías, recursos económicos y cualquier clase de servicios. Para llegar al interior, sus moradores tienen que utilizar aún la vía de Venezuela ¹²⁴. El Tiempo indica que el país

¹²³ El Tiempo, octubre de 1975.

¹²⁴ Brunnschweiler, *op. cit.*, pág. 62.

ya no puede mantenerse indiferente hacia aquellas regiones que aportan mucho y nada reciben a cambio. Sin embargo, la experiencia de Arauca sustenta una conclusión diferente: en tanto las zonas centrales no dependan del progreso de los llanos, éstos seguirán siendo una región fronteriza en permanente estado de semiabandono.